COMEDIA FAMOSA.

POR SU REY Y POR SU DAMA.

DE D. FRANCISCO BANCES CANDAMO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Hernan Tello Portocarrero.
El Conde de San Pol.
Cárlos Dumelino, Frances.
Francisco del Arco, Español.
Renot, Frances.
Madama de San Pol.
Madama Serafina, Francesa.
Flora, Criada.
Nise, Criada.
Ernesto Pleysi, Barba.
Carrasco, Gracioso.
Ricarte, Criado.
Ortiz, Vejete.
Soldados.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Sale Portocarrero á la Española, con baston, Francisco del Arco, con gineta, todos con banda roxa, y Carrasco, Soldado.

Portoc. NEcia es tu curiosidad,
y me cansa tu porfía.
Carras. Es á la lealtad mia,
á mi fe y á mi lealtad
traicion, que no he de sufrir.
Portoc. Pues no sufras, qué has de hacer?
Carras. O he de empezar á saber,
ó he de acabar de servir.
Franc. Hágame Vueseñoría
Juez árbitro entre los dos,
que es novedad, vive Dios,
despedirse con porfía
Carrasco, habiendo servido
tantos años en su casa.
Portoc. Su locura á tanto pasa,
que se ha dado por sentido
de advertir, que de él recato,
con algun rezelo justo,
una alhaja de mi gusto.
Carras. Diga usted, que es un retrato.
Franc. Pues eso os causa disgustos?
Carras. Y que he de ahorcarme creo.
Diez años ha que poseo
la intervencion de los gustos
de Hernan Tello, mi señor,
Gobernador de Dorlan,
á quien en Flándes le dan
tanta fama de valor,
como de amante rendido;
pues entre una y otra Dama,
tiene al mismo paso fama
de hombre el mas derretido,
y mas ciego de pasion,
que hay en el mundo entero,
que tiene el buen Caballero
de azúcar el corazon.
Porque entre otros Caballeros,
una Dama, en un festin,
le dixo con retintin:
Cierto, que me cansa el veros;
de Bruselas se ausentó,
y no ha vuelto mas allá,

diciendo : qué se dirá
de que un hombre como yo,
la vez que á servir me ajusto
á alguna Dama galante,
no le quite de delante
cosa que le dé disgusto?
Un dia , con harto frio,
en Ambéres abordó
á un coche , que pasar vió
por la márgen de aquel rio:
se pintó tan abrasado
de sus rayos y sus llamas,
que dixo una de las Damas:
Si estais tan abochornado,
templad con esa agua el fuego:
y es su locura tan fiera,
que sin decir ropa fuera,
se zampó en la Esquelda luego;
y mojándose bien , hasta
que se iba ya sumergiendo,
salió muy fresco , diciendo:
hice el remedio y no basta:
y supuesto , que el ardor
empezasteis á curar,
obligada estais á dar
otro remedio mejor.
Siendo estos sus desvaríos,
que á pagar de mi dinero,
puede ser el Caballero
de los tristes amoríos:
sin mí no supo tenerlos,
sufriendo yo al endilgarlos
la fatiga de pasearlos,
por el gusto de saberlos,
hasta que ha dado unos dias,
con terneza y con recato,
en mirar cierto retrato,
con graves melancolías,
sin permitírmele ver,
y eso no he de consentir,
pues de qué sirve el servir,
si no sirve de saber?
Portoc. Ven acá , no es sinrazon,
que un tan valiente Soldado,
y en el Exército honrado,
haya dado en ser bufon?
Con lástima considero
de tu genio lo estragado,
quando á Flándes no ha pasado
mejor caballo ligero.
Carras. No puedes asegurar,
que soy , aunque sea así,
bufon ; pues fuera de ti
nadie me lo ha de llamar.
Bufon es aquel , á quien
otros bufon le llamáron;
si á espaldas lo murmuráron,
yo lo murmuro tambien.
Digo á todos quanto siento,
del General al Soldado;
si por esto no he medrado,
por eso vivo contento.
Y la hacienda mas crecida,
solo porque mas te asombre,
le puede servir á un hombre
de pasar alegre vida.
Yo la paso , con decir
quanto siento , y sin hablar;
mas de lo que he de medrar
es lo que me he de podrir.
Que aquel que afectado vés,
es , haciéndose á sí mal,
verdugo del natural,
y mártir del interes.
De lo que digo , tal qual,
todos de risa se quiebran,
y yo , de ver que celebran
el que de ellos digo mal.
Franc. Carrasco se queja bien,
y á mí tambien perdonad;
vuestro amor y mi lealtad
la confianza me den,
de que sepa mi atencion,
quién es la beldad , que pura
calificar su hermosura
pudo con vuestra eleccion;
y de camino sepamos,
puesto que á saber venimos,
en la Quinta que asistimos,
qué huéspedes aguardamos?
Portoc. El Príncipe de Condé,
que de valiente y honrado
está en Flándes retirado
de su Rey Enrique , que
arde en loco frenesí,
que con su belleza incita

la Princesa Margarita
de Condé y Montmoransí;
como tan mi afecto es,
hoy me ha escrito, que aquí hospede,
quanto la tregua concede,
á un Caballero Frances,
que con su familia y casa,
habiendo el puesto acabado,
á los Cantones de Enviado,
á ser gran Potestad pasa
de Amiens, y aunque es condicion,
que ninguno ha de intentar
en País del otro entrar
durante esta suspension
de armas y de hostilidad,
que hay por dos meses, á fin
de conferir en Berlin
ciertos acuerdos de paz,
por no romper el concierto,
del Príncipe se valió,
que pasaporte sacó
del gran Archiduque Alberto
para entrar en sus Paises,
en tránsitos y mansiones,
hasta donde los Leones
tremolan sobre las Lises.
Y siendo Amiens, en la fria
márgen del Soma, elevada
cabeza en la dilatada
Provincia de Picardía;
y en fin de Dorlan Frontera,
quando él pasa destinado
á mandar su Magistrado,
quizá dañarnos pudiera:
que con cautela ó con traza,
si es que dentro le hospedase,
por menor exâminase
las defensas de la Plaza.
Y así, su estancia ha de ser,
porque el cansancio repare
lo que el tránsito durare,
esta casa de placer.
Y pues tu curiosidad
saber quiere mis extremos,
oye, que así engañarémos
del tiempo la ociosidad.
Carras. Esos afectos rendidos,
que el retrato te debió,
cuenta al Capitan, que yo
meteré gorra de oidos.
Portoc. Quando España conoció
en sus fuerzas (no te espante,
que desde aquí el curso empiece,
porque divierta y enlace
el suceso; pues queriendo
divertir ociosidades,
no es superfluo lo superfluo,
que explica mas lo importante,
y no embaraza otra cosa;
y si á saberlo aspirares,
para saber lo que ignoras,
has de sufrir lo que sabes.)
Quando España conoció,
en sus fuerzas desiguales,
la laxîtud con que mueven
sus miembros los cuerpos grandes:
Y quando advirtió que el suyo,
por monstruoso y formidable,
inundaba en sus confines
del Orbe las quatro partes,
tan dilatados sus nervios,
sus extremos tan distantes,
que está precisada á hacer
pasadizo los dos mares,
de Naciones tan diversas,
de fueros tan disonantes,
que en la variedad de humores,
tiene escondidos mil males:
y dando á esta Monarquía
la providencia inefable,
no Provincias que se aunen,
si Imperios que se derramen,
cayó en quán tarde, y qué mal
espíritus se reparten
desde un corazon pequeño
á inmensas extremidades!
Y viendo tambien que fuéron
en tantas guerras fatales,
monumentos de Españoles
estos Paises de Flándes,
se ordenó, que el Archiduque
Alberto de Austria casase
con Isabel Clara Eugenia
de España gloriosa Infante,
y hermana del gran Felipe
Tercero, que el Cielo guarde,

llevándose estos Estados
en dote, con que formase
de Casa de Austria tercera
otra línea memorable,
esperando que con esto
al Dominio incorporase
otra vez los Holandeses,
cuyo ptetexto mas grave,
para querer exîmirse
del antiguo vasallage,
fué, que Príncipe de Real
Familia les gobernase,
y formar otra Potencia,
que antemuro inexpugnable
entre Francia y el Imperio
sus ímpetus rechazase,
quedándose unos Paises
tan fértiles y tan grandes,
que por sí resistir pueden
de todos sus confinantes
las mas armadas Potencias,
ó terrestres ó navales.
Y en fin, que España, exîmida
del consumo intolerable
de gentes y de tesoros,
seria imposible enmendase
su despoblacion, de quien
sus mayores ruinas nacen,
siendo en el Reyno la gente
lo que en el cuerpo la sangre;
que con ella todo vive,
y todo sin ella yace.
Esta de España fué entónces
la máxîma, bien que tarde,
quizá por quitar que algunos
neciamente murmurasen,
que en Saboya y en Lorena
pudo casar sus Infantes
con herederas de aquellos
Estados, donde lograsen
las Austríacas Familias
tan gloriosos Apanáges.
No esta digresion te admire,
que quizas será importante,
no obscureciéndole al mundo
la luz de los exemplares;
que es la política una
Astrología tan fácil,
que por lo que fué adivina
lo que será; y las edades
futuras en las pasadas
ciertas reflexîones hacen,
con que dexan traslucirse,
ya que no sea penetrarse;
y si judiciaria docta
los sucesos mas notables,
si como despues los mira,
los previene como ántes.
No hay perspectiva en el mundo,
que en sus léjos no se engañe,
que en la propia conveniencia,
cuyos ideados realces
la imaginacion los finge,
pero el tacto los deshace.
Como el Sol, que en la pintura
promete á fuerza del arte,
en la plana superficie,
lejanas profundidades,
por cuya distancia todas
las especies visuales
dilatadas se reducen,
y dentro espaciosas caben,
y al alma á creer su engaño
los ojos la persuaden:
Si la mano le consulta,
conoce que al lino frágil,
distancias le dió una sombra,
y un borron concavidades:
y así, el deseo del hombre
le pinta felicidades,
llenándole de grandezas
los Orizontes del ayre,
y en los léjos de las dichas
esconde mentiras tales,
que imaginadas son bultos,
y halladas obscuridades.
Dígolo, porque el suceso
no correspondió al dictámen:
y Enrique Quarto, que á Francia
de Príncipe de Bearne
heredó (y á quien la liga
de activas parcialidades
obligó á que el Reyno propio,
como ageno conquistase)
conoció de sus Franceses
en la bulliciosa sangre

los espíritus violentos
de aquel humor dominante,
con que la inquietud pretende
acreditar de corage:
y quiso, echando á la guerra
fuera del Reyno, quitarles
la ocasion de que en el ocio
internamente mirasen
su pólvora revoltosa,
que á leves centellas arde,
y que empleándose el fuego
en Paises confinantes,
sobre Extrangeras regiones
el aborto rebentase.
Porque un Monarca Frances
toda la viveza instable
de los suyos necesita
divertir con novedades:
y su abundancia de gente
es tal, que en algunos lances,
como plenitud nociva,
solo busca que le maten
algun número, en que pueda
de humores desahogarse.
Para lograr esta idea,
Tropas concedió auxîliares
á Holandeses, que resistan
á sus propios naturales
Señores (ó! en algun tiempo
no llegue á experimentarse,
que la libertad que ahora
defiende quiera quitarles!)
Rompió con España, en fin,
y fué fuerza que pasasen
las Católicas Banderas
desde Lombardía á Flándes
con el gran Conde de Fuentes,
á quien tanto el bronce aplaude
de la Fama, que á sus voces
ecos serán los Anales,
y queriendo por sus hilos
herirles, con arrojarles
á sus Paises la guerra,
así porque retirasen
su Exército de los nuestros,
como porque el suyo pase
á ser de marcial escena
el teatro lamentable,
manteniendo de sus frutos
al vencido y al triunfante.
Pusimos sitio á Dorlan,
Plaza casi inexpugnable
por sus muros, que de nubes
pudieran bien coronarse,
quando de rocas unidas
son portentosos gigantes,
uniendo nervios de plomo,
miembros de piedra tenaces.
Apénas tiró la cuerda
las líneas de los ataques,
quando el Duque de Bullon
con muchos Duques y Pares
llegó al socorro, mandando
su Caballería arrogante
el Conde de San Pol, jóven
de prendas tan relevantes,
que honra con ser enemigo,
pues comunmente se sabe,
que el grande enemigo siempre
hizo la victoria grande.
Todas las cosas del mundo
es menester que se guarden
para tenerlas, y solo
esta prevencion no vale
en el honor; porque siendo
la prenda mas estimable,
el que quisiere tenerle,
es fuerza que haya de darle.
Yo que Maestre de Campo
pude con mi Tercio hallarme
en el sitio, en tanto que
saliéron los Generales
á estorbarles el socorro,
logré la accion de quedarme
en guarda de los Quarteles;
porque durante el combate,
mi gente las avenidas
de la Plaza refrenasen.
Apénas pues esta marcha
comenzaba á executarse,
quando el pavoroso estruendo
llegué á percibir, que hace
en los bridones Franceses
aquel rumor disonante
de los Corazas que cruxen,
y de las bridas que tasquen,

y vi la Caballería
del enemigo avanzarse.
Desmentida esta sospecha,
de una contramarcha, ántes
á la Plaza á toda brida,
creyendo, que por la parte
que yo aguardaba su choque
nuestra línea penetrase
de nuestros retenes, luego
empiezan á destacarse
Tropas de Caballería
á embarazar su pasage.
En quanto allí se entretienen,
los dos Tercios principales
entre su frente y mi línea
se interponen, pero en valde;
porque el Conde de San Pol,
que coronaba constante
la frente á sus Batallones,
con tan bizarro corage
la rompió en el primer choque,
que en retirada cobarde,
cargadas apénas pueden
de nosotros abrigarse.
Espada en mano venia
siguiendo el Conde el alcance,
para romper con furor
nuestros Quarteles, y entrarse
en Dorlan, quando saliendo
yo á su opósito, con tales
mangas de mosquetería
rocié, que fuéron bastantes,
granizando en plomo lluvias,
y en humo densos volcanes,
á que sus cóleras quiten
y sus ímpetus rechacen;
y á este abrigo pues pudieran
prontas volver á formarse
nuestras Tropas, que feroces
renováron el combate.
Dexo aparte, que fué nuestra
la victoria; dexo aparte,
que se tomó por asalto
la plaza, que incontrastable
pareció; y callo que fuí,
pues todo el orbe lo sabe,
el primer Español, que hizo
ver sobre sus homenages,
con las Armas de Borgoña,
cruzados sus tafetanes.
Que por premio de esta accion
el Conde quisiese honrarme
con el gobierno, pues esto
de vuestras curiosidades
no hace al caso, solo al caso
de nuestros discursos hace
saber, que preso y herido
en aquel pasado lance
quedó un bizarro Frances,
cuyo denuedo galante
le obligó á que en las filas
primeras se adelantase,
quando hizo que á sus Bridones
rebatiesen mis Infantes.
Entre otras alhajas, señas
de no vulgar personage,
que de un Soldado á su pecho
quitó la codicia infame
de una Madama Francesa
fué un retrato, que elegante
el pincel en lo sensible,
lo esquivo pudo copiarle:
fuese en fin por la preciosa
guarnicion, que de diamantes
la cercaba, dando al Sol
luceros por piedra engaste;
ó porque el Soldado quiso
con su beldad lisonjearme,
llevó el retrato á mis manos,
donde pasó de admirarme
á divertirme, y de allí
á suspenderme: qué fácil
es de los ojos al pecho
tanto un afecto trocarse,
que lo que allí fué descuido,
aquí á ser cuidado pase,
y lo que empezó en un ocio,
en una fatiga acabe!
No lo digo porque pude
del retrato enamorarme,
que eso, aun en las farsas, tiene
una dureza intratable:
que me arrebató, os diré
con verdad, por una parte
lo valiente del pincel:
pues dixera yo, si hallase

el original hermoso,
que hacer otra semejante,
no pudo naturaleza,
y vi que ha sabido el arte:
por otra, lo peregrino
del rostro, con tal donayre,
tal travesura en la vista,
y tal halago en lo grave,
que en la risa, que rebosa,
está vertiendo lo afable;
tan trasparente la tez,
que en el cándido semblante
está el tacto de los ojos
distinguiendo lo suave.
Y en fin, amigos, si miro
que es viva, pues lo persuade
lo moderno del suceso,
oculto impulso me late
de buscarla por la Francia;
porque es tan extravagante
mi humor, y tan inclinado
á emprender cosas notables,
que solo juzga por dignos
asuntos, temeridades,
que ilustren el casamiento,
si el valor no coronasen.
Tuvo, en fin, á breves dias
el prisionero rescate,
sin que de esto cosa alguna
me atreviese á preguntarle,
por no obligarme á volverle,
de Cortesano ó galante,
su retrato, aunque le di
por muestra del hospedage,
con color de despedida,
una joya, que fué el cange
de los diamantes, con que
en dos extremos iguales,
pagándole lo precioso,
le usurpé lo inapreciable.
Mirar, de admirado, suelo
el retrato, no de amante;
bien que considero en él,
que si el portento encontrase
del original, serian
influxos tan eficaces
los de sus ojos, que no
solamente me inclinasen,
sino arrastrasen, quitando
con imperiosas crueldades,
sin dexar en lo preciso
accion, que deliberasen
la gloria de la eleccion
al mérito y al dictámen.

Franc. Extraña la historia ha sido,
y solo debe admirarme::-

Dent. voces Para, para. *Sale un Soldado.*

Sold. Ya han llegado
los huéspedes, y aquí traen
el pasaporte, que entregan
á la Guarda. *Carr.* Que llegasen
sentí, quando iba á decirte
mi humor algunas verdades,
que por verdades y mias,
pudiera ser que amargasen.

Salen Soldados y Ernesto, viejo venerable, de Frances, Serafina y Nise, Francesas.

Port. Seais bien venido, señor,
hoy á esta Plaza (qué veo!)
donde quede á mi deseo
vuestro afecto tan deudor,
como á lo poco acreedor,
que os podrá servir mi fe.
Ella es, Cielos! *Ern.* Que me dé
la mano Vueseñoría,
es la mayor dicha mia;
para decir, que logré
con-tacto de tal Soldado,
en Francia tan aplaudido,
de enemigos tan temido,
de amigos tan envidiado.

Port. Mi mayor dicha he logrado
de vos y de esta Madama
siendo esclavo. Activa llama, *ap.*
lo que ilumina, perdona.

Seraf. Nise, en nada á su persona
ha desmentido su fama.

Ern. Es Serafina mi hija;
porque como ella á ser viene
el solo alivio, que tiene
mi larga vejez prolixa,
aunque de verla me aflixa
en caminos fatigada,
llevarla siempre me agrada,
que al extremo de quererla,

en

en fin, es alivio el verla,
aun viéndola incomodada.
Seraf. Guárdeos Dios, que mi atencion
estima vuestra fineza.
Port. Ay, soberana belleza, *ap.*
quánto ilustras mi eleccion!
Ern. Veréis la satisfaccion
con que á vuestra Plaza llego,
en entrar pidiéndoos luego:
licencia me habeis de dar
de escribir, por despachar
á Amiens esta tarde un pliego,
avisando mi llegada.
Port. A esa pieza os retirad,
donde escribais, y mandad,
señor, en esta posada,
aunque esfera limitada
es á vuestra bizarría,
porque pierda esta Alquería,
de mis afectos en muestra,
mandándola como vuestra,
la indignidad de ser mia.
Id vosotros, y asistid
al señor Gran Potestad.
Vase Ernesto, Francisco y Soldados.
Carr. Damisela, perdonad,
y una pregunta admitid
por curiosidad. *Nise.* Decid.
Carr. Usase en Francia el dexar
á las Madamas lugar
de que osados y rendidos
podamos en sus oidos
nuestra fineza engastar?
Nise. No es esta la austeridad
de la Española Nacion,
que todo es recoleccion
allá, y todo libertad
aquí. *Carr.* Me alegro en verdad
de que advirtais, que eso pasa
en todo el Norte sin tasa;
porque si nunca faltó
quien muerda, mas valgo yo,
que en efecto soy de casa.
Port. Si yo, Madama, pudiera
suplicar que descansarais
de algo en el humilde albergue,
que de esfera soberana
presume, desde que pudo
coronarle vuestra planta,
no fuera de las fatigas
de los tránsitos y marchas.
Seraf. Pues de qué?
Port. De quitar vidas,
sin resistirlo las almas.
Seraf. Como no me canso de eso,
no me hace el descanso falta.
Port. Tan poco cuidado os cuesta?
Seraf. No veis que el descuido basta?
Port. Sí veo, si en mí lo advierto.
Seraf. No me tengais por tan vana,
que crea encarecimientos,
que mi perfeccion ensalzan;
y mucho ménos con vos,
con quien mi cuidado trata
el no cometer la hermosa
necedad de confiada.
Port. Por qué?
Seraf. Señor Herman Tello
Portocarrero, á quien llama
Flándes el Galan, por ser
gran cortejador de Damas:
el ingenio y el capricho,
de no vulgar os alaban
todas, y de ánimo altivo,
capaz de emprender tan arduas
cosas, que á acabar heroycas
empiezan en temerarias.
No os admire, no, que venga
tan por menor informada
de vos, sabiendo que en Flándes
son árbitros las Madamas
del honor de los Soldados,
siendo en iguales balanzas,
bien visto en las Asambleas,
el que lo fué en las Campañas.
Que si en todas las Naciones
las mugeres estimaran,
como aquí, solo al Soldado,
solamente profesara
la Nobleza la Milicia,
por la ambicion de agradarlas,
siendo un premio, que no cuesta
á la República nada.
Mas valientes aquí han hecho
las licencias Cortesanas
del público galanteo,

paseos, bayletes, danzas
y Asambleas, que las muchas
verdes circulares ramas,
que Cívicas y Murales
ciñéron frentes Romanas.
No digo esto por mostrarme
bachilleramente sábia;
sí por mostrar que os conozco,
viendo que en Paris se habla
de quien en Bruselas sirve
con mas ayre; y á contraria
razon, tambien á Bruselas
llegan las noticias vagas
del que en nuestras Asambleas
el mayor aplauso alcanza,
sin ser lisonjero: viendo
el vuestro, ya viene errada
la direccion hácia mí,
porque yo me ausento á Francia;
y tengo tanta conciencia,
que quando os pinta la fama
rendido de todas, yo,
cierto, escrupulizara
el poder de solo un tiro
hurtarles un triunfo á tantas.
Port. Vos habeis discretamente
motejado de voltaria
mi inclinacion; y no sé
si os diga quánta ventaja
en eso nos lleva aquella
ligereza celebrada
de vuestra Nacion, pues yo::-
Seraf. No digais mas: Por la Francia
á Flándes, en ocasion
pasó el señor Don Juan de Austria,
que una noche en un sarao,
danzando con él bizarra
la Duquesa de Estampes,
entre las dos manos blancas,
dos eslabones de nieve
un nudo de fuego enlazan.
Viendo la hermosa Francesa
la gentileza gallarda
del Real Jóven Español,
de mil triunfos coronada,
Marciales del grande eclipse
de las Lunas Otomanas,
quedó con tanto decoro
de su garbo aficionada,
aunque en su vida le vió,
ni fió á noticia humana
su afecto, en quantos vestidos,
trages, disfraces ó galas
sacó el resto de su vida,
no dexó la roxa Banda
de Borgoña, que á su Alteza
por timbre Español cruzaba.
Dadme un afecto tan noble,
una pasion tan hidalga,
y un silencio tan heroyco
en las memorias de España.
Port. Aunque muchas os pudiera
decir, con la mia basta,
que siendo por vos, excede
con mayor ventaja á quantas
pudierais decirme, todo
quanto va de causa á causa.
Seraf. Yo he vuelto por mi Nacion,
y no por mí; pues es clara
cosa, que con vos no quiero
perder el blason de ingrata;
pero tampoco creeros:
porque si nunca la cara
me habeis visto, y si conozco
que caminando á mi Patria,
á nunca mas ver, habemos
de dividirnos mañana;
por qué no he de conocer,
que el fingir vos esas ansias,
mas es costumbre que os mueve,
que inclinacion que os arrastra?
Port. Quanto á no volver á vernos,
estad bien asegurada,
que no es estorbo á mi brio
la guerra ni la distancia;
quanto á ser costumbre, y no
inclinacion mi expresada
ansia, bien presto pudiera
hacer que lo aseguraraís
vos contra vos.
Seraf. Cómo? *Port.* Como
el pecho un testigo guarda
de mi verdad, que atrevido
os desmiente y no os agravia.
Seraf. Y quál es? *Port.* Este.
Seraf. Qué veo! *Muestra el retrato.*

Carras. La de la historia pasada
es esta sin duda. *Seraf.* Cómo
mi retrato? *Port.* Qué os espanta?
Ved quál tiene mas noticia
del otro *Carr.* En tanto que acaban
su plática los dos, qué
dirémos nosotros? *Nise.* Nada,
que á quien oye lo que importa,
todo lo superfluo cansa.
Seraf. Soltad pues. *Port.* Qué haceis?
Seraf. Cobrarme *Quítasele.*
á mí. *Port.* Conmigo no estabais
perdida. *Seraf.* Contra mi gusto
ninguno tiene esta alhaja.
Port. Ved que el alma me llevais
en él. *Seraf.* Por la misma causa
le quito yo: bueno fuera,
que un Español se alabara
de que mi retrato pudo
ver, y quedarse con alma.
Port. Pues confiesas que la llevas,
hermosísima tirana,
yo en demanda suya iré
siguiéndote hasta cobrarla,
aunque sea en Francia.
Seraf. Verémos
si cumplis esa arrogancia
de Español. *Nise.* Qué has hecho?
Seraf. Ay, Nise!
nunca en este hombre intentara,
de verdades ó mentiras,
averiguarle la fama. *Vanse las dos.*
Carras Bueno quedas. *Port.* Nada digas,
que vive Dios, si me cansas,
te dé muerte. *Carras.* Eso conmigo
fuera dádiva excusada.
Sale Francisco. Señor?
Port. Francisco del Arco,
á un Comisario me llama,
para darle órden, de que
haga que al romper del Alba,
las mejores Tropas monten,
con que yo en persona vaya
comboyando á estos señores.
Franc. Una de las circunstancias
con que por estos dos meses
está la tregua otorgada,
es, que ninguna persona,
ó con armas ó sin armas,
en los Paises del otro,
sin pasaporte entre ó salga;
y así reparo en que lleves
Tropas, señor. *Port.* Qué reparas?
en mis límites no puedo
con ellas ir á la raya?
Y si he de salir con ellas,
conmigo no han de ir armadas,
así por decoro, como
por casos, que la Campaña
puede ofrecer? Ay, amor! *ap.*
la causa hallé de mis ansias;
ó, no permitas que sea
para perderla el hallarla! *Vanse.*

Tocan caxas y clarines, y salen por un lado el Conde de San Pol, Frances, con botas y espuelas, plumas y baston, Madama y Flora, y otras Criadas, todas de camino, y por otro Cárlos Dumelino y Soldados.

Cárl. Generoso ilustre Conde
de San Pol, rama que excelsa
de la Real Casa de Francia
los esplendores conserva
hoy la línea de Vandoma:
Y vos, ilustre Condesa,
Real generosa reliquia
de Francisco de Angulema;
dad á Cárlos Dumelino
vuestras plantas, donde llega
de parte del Magistrado
de Amiens, á dar la obediencia
(como quien Gobernador
viene á ser) á vuestra Alteza,
á quien suplica por mí,
que en esta Quinta detenga
por hoy su jornada, en tanto
que perficionadas quedan
de vuestro triunfo el adorno,
de vuestra entrada las fiestas,
puesto que á Ernesto Pleysi
hoy tambien Amiens espera
á exercer la dignidad
de Gran Potestad en ella.
Conde. Llegad, Cárlos, á mis brazos,
y decidme, quién creyera,
quando os dexé prisionero
en

en la pasada refriega
del socorro de Dorlan,
que aquí otra vez nos volviera
á juntar nuestra fortuna?
Carl. Quien conoce que ella sea
gran artífice de extrañas
enlazadas contingencias.
Mad. Decidme: Ernesto Pleysi
llega tambien hoy? *Carl.* Hoy llega,
que ayer tuvimos aviso.
Conde. Su amigo fuí, quando él era
pretendiente Cortesano.
Carl. Siendo Amiens su Patria mesma,
dicha es volver á mandarla.
Mad. Extremo de la belleza
me aseguran que es su hija.
Conde. Díganlo mis mudas penas. *ap.*
Carl. Ay de quien perdió en su copia
el alívio de su ausencia! *ap.*
Conde. Cárlos, aunque yo en Perona,
como Gobernador de esta
Provincia de Picardía,
tengo mi actual residencia,
siendo ella la Plaza de Armas
Capital de esta Frontera,
con órdenes del Rey vengo
á Amiens, donde se prevengan
para esta primer Campaña,
que entrar en Flándes intenta
su Magestad en persona,
las provisiones de guerra
y boca, y todas las armas,
pues goza la conveniencia
del Soma, que da motivo
á que aquí mejor parezca
hacer nuestra Plaza de Armas;
y siendo Carnestolendas,
que aquí se celebran tanto,
quise que á verlas viniera
conmigo Madama; pero
hablando aquí sin reserva,
no vengo gustoso. *Carl.* Cómo?
Conde. Como siempre Amiens ostenta
ciertos privilegios, que
los Ciudadanos conservan,
y el Capitan General
no es tan absoluto en ella,
como en la Provincia. *Carl.* Eso,
señor, es conforme sea *Clarin.*
el Gobernador. *Conde.* Mas qué
clarin es este que suena?
Carl. Tropas Católicas son,
segun en visos campean
las roxas Bandas. *Conde.* Y haciendo
alto en la breve eminencia,
que los términos divide,
se doblan: que se prevenga
el Batallon de mis Guardas
es bien. *Mad.* Desde aquí se dexa
ver, que de su raya solo
á nuestro Pais penetran
coches y azemilas, con que
escolta sin duda es esta,
que Ernesto trae. *Conde.* Bien decis.
Dent. Seraf. Ay infeliz!
Dent. Ern. Tente, espera,
Cochero. *Todos.* Acudid, que el coche
del Potestad se despeña.
Conde. Damas hay en él, qué aguardo,
que no voy á socorrerlas? *Vase.*
Carl. Y yo, que llevo la vida
pendiente de aquella queja. *Vase.*
Flora. Qué lástima! *Mad.* Qué desdicha!
Flora. Con una Dama aquí llegan
el Conde y Cárlos.
Dent. Portoc. Aunque el
coto de la raya exceda,
me arriesgaré en su socorro.
Salen el Conde y Cárlos con Serafina.
Conde. Hermoso prodigio, alienta.
Carl. Deidad hermosa, respira.
Seraf. Ay de mí! *Los 2.* Cielos, no es ella?
Sale Portocarrero con botas, espuelas, coraza y Borgoñota, y cogiendo á los dos de espaldas, los aparta con alguna violencia.
Port. Tarde he llegado; apartad,
Franceses. *Empuñan.*
Los 2. Quién con groseras
voces::- *Port.* Qué miro!
Conde. Qué veo!
Carl. Hernan Tello es; quién pudiera
pagar lo que en mi prision
debí! *Salen Ernesto y Criados.*
Ern. Serafina bella,
cómo te hallas? que mi edad

no dió lugar á que fuera
yo el primero en tu socorro.
Seraf. No fué nada: la violencia
del vuelco quedó en la altura
de aquel ribazo suspensa.
Ern. El amor me arrebató
de la obligacion primera
de ponerme á vuestras plantas.
Port. Viven los Cielos, que entran
en su término mis Tropas,
llevadas de la apariencia
de haber visto empuñar armas.
Soldados, volved las riendas
sin que paseis de la raya;
vuestro furor se detenga,
y todos alzad las armas,
pues estais en la presencia
de un Príncipe de la sangre,
General de esta Frontera;
y es esa la ceremonia
con que al General respeta
la Milicia. *Conde.* Mal conviene
ahora la atencion vuestra
con aquel poco reparo.
Port. De ese delito me absuelva;
que á enemigos como vos,
que nunca la espada dexan
ver al contrario, mal puede
conocérseles por ellas.
Mad. Ayrosa fué la disculpa.
Conde. Cortesana es la respuesta:
pero pésame, señor,
que así hayais roto la tregua,
entrándoos en mi Pais
armado. *Port.* No fué romperla
entrar solo un hombre á dar
la vida á quien tambien era
de vuestra Nacion. *Conde.* Sí fué:
empiece aquí mi cautela, *ap.*
pues para romperla traigo
del Rey instruccion secreta.
Sí fué, pues fué entrar armado,
no solo vos sin licencia,
pero tambien vuestras Tropas.
Port. Lo que toca á mi nobleza
es asegurar que no,
porque mi Nacion no sea
quien rompa la suspension;
mas si lo juzga la vuestra,
soy escrupuloso; y porque
satisfaccion no parezca,
en mi vida desmentí
á quien pensó que le ofenda.
Conde. Pues si prenda como vos
no fuera justo perderla,
vos os quedaréis. *Port.* No haré.
Y por esta accion me pesa,
que hayais venido con Damas,
pues bizarría grosera
fuera á desmanes del plomo
exponer tanta belleza.
No han de disparar los mios
(y no temor os parezca)
la pistola; y pues la espada
tiene ménos contingencia,
Hace una cortesía á las Damas, saca la espada, y besando la guarnicion, hace otra al Conde, y sin volver la espalda, se va retirando.
débanme estas hermosuras,
lo que por Francia no hiciera
toda, que es el retirarme,
haciendo esta reverencia
á las Madamas, y á vos,
á fuer de General, esta:
pues con las armas se hace
á Generales la vénia,
que sin la espada en la mano
retirarse no supiera
Hernan Tello: y yo no rompo
paz que mi Nacion observa;
pero el que á mí se acercare,
solo á su muerte se acerca.
Frente os haré con mis Tropas,
si algo tiene vuestra Alteza
que ordenarme con las suyas,
allí sabrá mi obediencia. *Vase.*
Conde. Mas envidia, vive el Cielo,
su retirada me dexa,
que sus triunfos. *Mad.* Cortés brio!
Seraf. Generosa gentileza!
Ern. Bien se ha dispuesto, señor,
que injustamente rompiera
la tregua vuestro ardimiento.
Conde. Por esto mi valor cesa
en cargarle ahora: vamos

don-

donde Serafina tenga
reparo. *Mad.* Eso es lo mejor.
Ern. Honra es de vuestra grandeza.
Seraf. Amor, en el Conde y Cárlos, *ap.*
si de sus ansias se acuerda
mi olvido, lo que me ofende
me has dexado: cosa es cierta,
que aquello que cansa sobra,
y huye lo que se desea. *Vase.*
Conde. Ven, Cárlos, que mi amistad
despues toda el alma intenta
de Serafina fiarte. *Vase.*
Carl. Esto faltaba á mis penas:
qué te debo, amor tirano,
si tu variedad adversa
hace que empiecen los zelos
adonde acabó la ausencia?

JORNADA SEGUNDA.

Salen Portocarrero y Carrasco, vestidos á la Francesa y con mascarillas.

Carras. Si habemos de hablar verdades,
á toda mi valentía
asusta el riesgo en que estamos.
Portoc. No es posible, que eso digas
de veras, quando tus prendas
á fiar de ti me obligan
el secreto. *Carras.* No es merced
esa para agradecida,
que hoy solo son los secretos
los que sin prendas se fian.
No lo digo yo porque
á nuestro valor admira
el entrar dentro de Amiens,
teniendo tan á la vista
de tres nobles Españoles
el caso, pues con activa
fiereza, entrando en Paris,
diéron en medio del dia
de palos á un gran Soldado,
que de esta Nacion las iras
aun pueden mezclar en todas
la admiracion con la envidia.
Serian de los Romanos
mejores los Coronistas,
pero los Soldados no;
pues hubo en tu Compañía
Mosquetero, que á una bomba
llegó á encender una pipa.
Y no es el peligro tanto,
quando en pública alegría
de máscaras y disfraces
se pueblan estas orillas
del Soma; porque no solo
su Carnaval solemnizan,
sino la entrada del Conde,
y en Góndolas y Barquillas
salen las Damas, poblando
con músicas tan festivas,
las aguas de perfecciones,
y los vientos de armonías;
temo, que si nos conocen,
muramos á sangre fria;
que á matar muriendo, fuera
mucho ménos mi mohina,
pues recibe un hombre y da,
y queda entre las cenizas
su fama humeando, si acaso
á un pobre le despavilan.
Portoc. Carrasco, yo estoy perdido,
que esta Francesa divina,
imaginada aun no fué
tan hermosa como vista.
Yo la vi á la copia impresa
en el alma parecida,
tanto, que imaginé al verla
copiada aquí, y allí viva,
que hermoso bulto de nieve
se vistió mi fantasía.
Ella me dexó picado
con aquella falsa risa,
con que me dixo, al decirle
que por el retrato iria:
Veamos como lo cumplis;
y así es obligacion mia
el venir por él, aunque
toda Francia me lo impida.
Reirse y dudar, que yo
por el retrato vendria,
fué ponerme en el empeño;
pues no haya de mí quien diga,
que en este antojo del gusto
dexó el valor de servirla.
Con los caballos espera

mi gente en esta vecina
espesura, pues les dixe,
que á reconocer venia
la Plaza en cierta interpresa.
Si es temeraria conquista,
qué extrañeza es, que cometa
un hombre, á quien amor priva
de la razon, un arrojo?

Carras. Esa disculpa fué linda:
tú echaste por el atajo:
di que te tire una china
quien enamorado no
haya hecho otra bobería.
Dícese, que Enrique Quarto
prohibe con pena excesiva
disfraces y Carnavales,
dexando las mascarillas
para los bayletes solo:
si despues hay quien escriba,
que en Amiens los dos entramos
cubierto el rostro, quién quita
que alguno diga que en Francia
por las calles no se estilan
disfraces? *Portoc.* Eso qué importa,
si será cosa sabida
que se usáron. *Carras.* Bueno es
prevenir esas noticias,
que hay necios, que para oir
traen los oidos con pinzas,
y ahorcados de las orejas
tienen el cuerpo en puntillas.

Portoc. Aquí una quadrilla viene
de máscaras. *Carras.* Infinitas
hay, vamos reconociendo
en qual mejor nos reciba.

Retíranse, y salen Serafina, Madama, Nise y Flora y los hombres que pudieren con mascarillas y disfraces: á un lado se quedan el Conde y Renolt: á otro Cárlos y Ricarte de máscaras tambien.

Música. Hoy adornan del Soma
las ondas cristalinas,
en Góndolas doradas,
nadantes Galerías.

Mad. No vengo bien disfrazada?

Seraf. Vuestra Alteza me permita,
que diga que no. *Mad.* Por qué?

Seraf. Porque si su gallardía
no puede ser mas ni ménos
en ningun trage que vista,
ni hay con quien equivocarle,
por mas que á venir aspira
su belleza difrazada,
no vendrá desconocida.

Conde. Es la de lo verde? *Renolt.* Sí,
que yo la vi á la salida.

Conde. Con quién viene?

Renolt. No sé. *Conde.* Amor, *ap.*
da á mi atrevimiento dicha.

Carl. La de lo verde me dices
que es? *Ric.* Si.

Carl. Amor, mis pasos guia.

Conde y Carl. Máscara, quereis danzar?

Seraf. Con quál?

Conde. No hay quien me compita
á mí: conmigo, señora,
danzad. *Carl.* Muy bueno seria,
que habiendo llegado yo,
dexándome á mí os elija?

Mad. Aquella voz es del Conde:
ó cómo el alma imagina
lo que no desea! *Conde.* Conmigo
no suponeis. *Carl.* Quien lo diga::-

Mad. Tened. *Empuñan las espadas.*

Sale Ernesto con baston, y Ministros.

Ern. Qué es esto? pues cómo
profana vuestra osadía
de Máscaras el seguro?

Mad. Ahora mi industria finja *ap.*
un acaso por si es él.

Ern. Teneos pues á la Justicia.
Cáesele la mascarilla.

Mad. Ay! *Flora.* Qué es eso?

Mad. Que del rostro
se cayó la mascarilla.

Ern. Madama está descubierta;
y así nadie esté á su vista
oculto el rostro, pues es
grosería. *Conde.* Ya es precisa
mi retirada; si es Cárlos,
escarmentará á mis iras. *Vase y Renolt.*

Ern. Máscaras fuera. *Seraf.* Ya todas
en fe de esa cortesía,
las quitamos. *Quítanse las mascarillas.*

Carl. Yo tambien.

por-

porque al ver su luz divina,
sin ser advertencia vuestra,
tambien fuera atencion mia.
Mad. Sospechas, sin duda el Conde *ap.*
es aquel que se retira.
Seraf. O qué cansados extremos *ap.*
son los de estas dos porfías,
quando está del Español
la memoria en mí tan viva!
Carl. Sin duda fué aquel el Conde; *ap.*
y pues se ausentó, no insista
en que quede por mí el puesto,
pues es atencion debida,
que aunque compita su amor,
su grandeza no compita. *Vase.*
Salen Portocarrero y Carrasco.
Port. Por aquí::- pero qué veo!
Carrasco, no es Serafina
la que estoy viendo? *Carr.* La propia.
Port. Y no es Madama? *Carr.* La misma.
Port. Qué será estar destapada?
Ern. Mirad si quereis que os sirva,
señora, que dando vuelta
voy á toda la Marina,
para estorbar inquietudes.
Mad. Guárdeos Dios, que ántes queria,
que os retiraseis, porque
podemos ser conocidas
por vos: volved á taparos.
Vase Ernesto y los suyos.
Port. Amor, mi esperanza anima:
Máscara, quereis danzar?
Mad. Danza con él, no resistas,
que este nos vió destapadas.
Seraf. Sí haré: la letra prosiga. *Danzan.*
Músic. Hoy adornan del Soma, &c.
Port. No me conoceis? *Seraf.* Yo no.
Port. Qué tan presto se os olvida
el hurto que me habeis hecho?
Seraf. Española bizarría!
Músic. De Esquifes y Javeques,
los remos y las quillas,
el Zéfiro las borda
de espumas, que las riza.
Port. Mi prenda habeis de volverme,
pues dudasteis que vendria
por ella. *Seraf.* A mis dudas deben
hoy vuestras galanterías
eso, pues fué el olvidarlas
mas ocasion de lucirlas.
Músic. A tanto rumbo incierto,
que las espumas gira,
escollos son de nieve,
beldades de la orilla. *Dadas las manos.*
Seraf. En mi casa hay esta noche
baylete, en él determina
mi afecto hablar mas de espacio.
Port. Yo obedecer mas aprisa.
Músic. Confunden agua y ayre,
en dulce melodía,
clarines, que gorgean
en los remos que giman.
Seraf. Para obedeceros basta.
Port. Qué breves que son las dichas!
Mad. Te hablaba el Máscara? *Seraf.* Si,
lisonjas, que acaso dicta
la ociosidad. *Mad.* Le conoces?
Seraf. No, señora. *Mad.* Qué fatiga
de una sospecha! Yo quiero,
pues de tantos fuimos vistas
aquí, que quando al baylete
vamos, á que me convidas,
las dos troquemos disfraces,
para burlar la malicia
de los que nos viéron. Veamos *ap.*
si de esta suerte averigua
mi amor sus rezelos. *Seraf.* Cielos,
si esta novedad no avisa *ap.*
mi cuidado al Español,
y se engaña, soy perdida!
Carras. Señor, sin saber la casa,
qué habemos de hacer? *Port.* Seguirlas
hasta ella. *Carras.* El mismo diablo
nos metió en Caballerías.
Músic. Hoy adornan del Soma, &c.
Vanse, y salen Cárlos y Ricarte.
Carl. Perdido vengo. *Ric.* Señor,
qué tienes? *Cárl.* Qué he de tener,
si de un Príncipe el poder
se muestra competidor
mio, y de Príncipe tal,
por quien perdiera mil vidas?
Ric Si no tienes prevenidas
las mil, señor, harás mal
en empezar por la una.
Carl. Ay, Ricarte! que yo ví
con-

conjurados contra mí,
amor, poder y fortuna.
De mí el Conde se fió,
yo mi pasion le expresé,
servirle en esto pensé,
y de esto se disgustó.
La alta poderosa mano,
que esta máquina dispuso
en los Príncipes, nos puso
un carácter soberano,
con rasgos de su Deidad,
que quiere que respetemos,
y en ellos considerémos
su mas alta Magestad.
Al Conde, que tan ufano
ostenta sangre Real,
cierto esplendor celestial
le brilla en lo Soberano.
El alma tambien lo es
de qualquier mortal; y así
aunque le ceda por mí,
en tocando al interes
del alma, que es el honor,
no hay respeto que mirar,
que yo le debo guardar
contra el poder y rigor,
por mas difíciles modos;
porque del honor, por ley,
solamente es dueño el Rey,
por quien lo tenemos todos.
Quatro años ha que pedí
á Ernesto la mano bella
de Serafina, y aunque á ella
rigores solo debí;
di, á qué amante corazon
no supo mas atraer
desden propio de muger,
que nos suena á perfeccion?
Ernesto me lo ofreció
quando del cargo volviese,
á que entónces iba; ó fuese,
porque tan niña la vió,
que de eleccion su edad
no estaba, ó por presumir
en el caudal añadir
quilates á su beldad,
á esperarme resolví,
y su ausencia consolé
con aquel retrato, que
en la batalla perdí.
Viene ahora; y quando creo,
que en el plazo concedido,
el tiempo voló, vestido
de plumas de mi deseo,
el Conde, en Paris pudo
verla, se empeña en amarla,
y á mí me manda explicarla
su tierno afecto: no dudo
que ociosa galantería
es, por ser toda belleza
ambicion de la grandeza:
injusta cosa sería,
que por su gusto, que ayer
empezó, y acabará
mañana, yo ceda ya
la que elegí por muger.
Esto inquieta mi valor,
pues tenemos, segun siento,
el Conde mucho ardimiento,
y yo tambien mucho honor.

Ric. Y en fin, qué quieres hacer?

Carl. Hoy el Conde fué ofendido,
y para que en el vestido
no me llegue á conocer,
que fuí quien le disgustó,
si al baylete he de asistir,
otro me has de prevenir.

Ric. Mudaráste en casa? *Carl.* No,
que sigo el confuso estruendo.
En el pórtico que pasa
á otra calle, de su casa
enfrente, en anocheciendo,
podrás con él esperar.

Ric. Hora fiera es para mí, *ap.*
que tengo un convite: aquí
me importa disimular;
pues quando llegue á deshora,
y alce su cólera el bramo,
qué criado no hace á un amo
una falta cada hora?

Carl. Qué cobarde está conmigo
el despecho del honor!
porque temo á mi valor
aun mas que el de mi enemigo. *Vanse.*

Salen el Conde y Renolt.

Renolt. Sabes tú, señor, de cierto,
que

que sea Cárlos? *Cond.* Sí lo sé;
porque quien tan atrevido
se me arroja á responder
que la adora, quando yo
toda el alma le fié,
qué no hará? Ah Cielos! qué mal
hice entónces de no hacer
demostracion de mis iras!
si en su atrevimiento fué
conseqüencia para este,
la tolerancia de aquel.
Renolt. Los Príncipes tan excelsos
como vuestra Alteza es,
mas naciéron para honrar,
señor, que para ofender.
A esto los grandes Señores
nacen; pues por qué quereis
contradecir al vivir
la obligacion de nacer?
Competir con el menor,
es igualársele; pues
preciso es en vos baxar,
ó hacer al otro crecer.
Cárlos solo es caballero,
y vos Príncipe; pues quién
se persuadirá que vos
(aun siendo por justa ley
su Capitan General,
con quien no puede tener
duelo ni accion su valor)
os dexais, señor, vencer
de él, sino de su razon,
quando en los Príncipes sé,
que en competencia inferior,
el mundo pasa cortes
por ayre del perdonar,
la precision de ceder?
El la quiere honrar, y vos
quereis injuriarle; ved
qual de aquestas dos empresas
digna de un Príncipe es,
que el que la hiciere será
el Príncipe, al parecer,
y no vos, si executando
acciones que no debeis,
no nos mostrais lo que sois,
sí lo que dexais de ser.
Mi zelo doy por disculpa
del recuerdo, que esto fué
no advertir lo que ignorais,
sí acordar lo que sabeis.
Conde. De tus lealtades, Renolt,
advertencias escuché,
de quien solo el zelo pudo
disuadir la pesadez.
Delitos contra lo grande
no los perdona el poder;
porque la Soberanía,
con ambiciosa altivez,
donde llega su pasion,
su imperio sabe extender.
Sabemos acá nosotros
ciertas circunstancias, que
los hombres particulares
no llegan á comprehender,
ni pueden aconsejar,
por mas que algunas les den
políticas el aplauso,
facultades el laurel.
Ciertas materias de estado,
que nacen con el dosel,
no las conoce el estudio,
que en distribucion mas fiel
naturaleza las puso
donde las ha menester.
La casa de Ernesto es esta,
y bien que hoy me disfracé,
ahora en público vengo
al festin, por suspender
las sospechas de Madama,
ya que hoy tan ciego ignoré,
que iba ella con Serafina.
Renolt. Pues desde aquí, señor, veis
la Asamblea de Galanes
y Damas. *Conde.* Entremos pues,
en quanto el festin se empieza,
á conversacion tambien.
Salon de Estrado, y en él las Damas con mascarillas, y los Galanes junto á ellas, Hernan Tello junto á Madama con el vestido de Serafina, y Cárlos junto á Serafina, con el de Madama, Ernesto en silla: dosel con silla para el Conde, y al entrar este se levantan todos.
Carl. Ya está aquí el Conde: qué mal

hice en venirme á poner *ap.*
delante con el disfraz!
mas qué he de hacer, si no hallé
á Ricarte con el otro?

Conde. Señores, no os inquieteis,

Siéntanse todos, y habla el Conde con Ernesto aparte.

proseguid. *Seraf.* El Español *ap.*
se ha engañado con aquel
disfraz mio: Cielos, cómo
avisárselo podré?
que por mas que he hablado de esto,
no ha sabido conocer
la voz él, y Cárlos sí.

Carl. A Serafina escuché, *ap.*
y fué dicha no engañarme
el disfraz. *Port.* Qué no quereis
pagar ni restituir?

Mad. Si ignoro lo que robé,
quien el hurto no conoce,
cómo le podrá volver?
Ni el Conde es este ni Cárlos;
pero aquí forzoso es *ap.*
hablar con alguno, porque
reparo pueden hacer
en verme sola. *Port.* Que un alma
que robais no conoceis?

Mad. Sin saber lo que me hice,
si eso es cierto, os la quité,
y aun no me debió el estrago
el que reparase en él.

Conde. Cárlos está allí, segun
en el disfraz observé;
y pues ha de estar Madama
disfrazada aquí, no es bien
hacer hácia Serafina
demostracion: mas pondré
á Cárlos en un desayre,
si hay motivo para él.

Port. Dudaréis de la osadía
de un Español otra vez?

Mad. Español dixo; á esto mas *ap.*
me conviene ya atender:
qué es lo que no he de dudar?

Port. Que á Hernan Tello nada el ser
le estorba Español su brio,
y vuestro garbo Frances.

Mad. Hernan Tello, qué es lo que oigo?
bien le supo agradecer
Serafina el hospedage.

Carl. Qué aun no respondes, cruel?

Seraf. De susto no estoy en mí! *ap.*

Port. Cómo ahora enmudeceis?

Mad. Fácil fuera hacer en vos
el mismo efecto. *Port.* Con qué?

Mad Con esto solo.

Descúbrese con recato de los otros.

Port Qué veo! *ap.*
estatua muda quedé.

Mad. Enmudecisteis ya? *Port.* Sí,
que la dicha que en mí veis,
por ser en vuestra grandeza
incapaz de suceder,
no os la acerté á desear;
y error de la suerte fué
darme la dicha de hallar
sin culpa de pretender;
pero una vez sucedida,
tarde me arrepentiré,
pues no me atreví á esperar,
pero me atrevo á tener,
y no me he de desdecir
por mucho que os enojeis.

Mad. Galante sois, Español,
y exponer no mereceis
vuestra persona á estos casos.

Port. Decid pues quien sois.

Mad. No haré,
que no habeis de tener vos
mas garbo, que mi altivez.
Esta fué una una travesura
de ayroso chiste, por ver
turbado de vuestro brio
el desenfado cortes:
enfrente de mí, mirad,
está la que pretendeis;
id con Dios, porque á las Damas
siempre nos parece bien,
que en sus arrojos los hombres
ensalcen nuestro poder;
y no quiero que por mí
de ser fino escarmenteis.

Port. Gallarda accion, vive Dios!

Carras. Quereis, Madama, creer,
que me ha parecido en vos
pegadiza la esquivez?

Nise.

Nise. Y quereis creer, Monsieur,
que á hombre ordinario me oleis,
y están en vos tan mal puestas
gala y voces, que traeis
la discrecion de alquitar,
y la gala de alquiler.
Carras. Pues no es porque estoy delante,
pero soy buen mozo á fe.
Cond. Hora es me parece ya
de que empiecen.
Ern. Tomen pues
sus puestos, y de instrumentos
empiece el dulce tropel.
Levántanse todos.
Seraf. Salid del festin, Monsieur,
y á una reja esperaréis,
donde á daros un aviso,
que importa mucho, saldré.
Port. Desde ahora á obedeceros
me ausento: Carrasco, ven.
Carras. Dónde? *Port.* A dexar el lucir,
por acercarme al arder.
Vanse los dos, y se empieza el bayle Frances entre Damas y Galanes.
Música. Amor lisonjero,
veneno inmortal,
tu rigor severo,
que ya es dulce y ya fiero,
siempre fatal,
solo contra mí
hace el penar
dulce morir:
déxame quejar
de tu infeliz rigor,
pues haces durar
de todo mi dolor
el fiero ardor,
y á un infeliz
solo á penar
dexas vivir:
tu piedad cruel
disfraza el matar
con dulzura infiel,
porque sabe juntar
en su pesar,
blando y sutil,
un halagar,
que solo es herir.

Al pasar Serafina por junto al Conde, se va á caer, llegan á un tiempo el Conde y Cárlos á detenerla, y encontrándose con violencia, cáesele al Conde el sombrero.
Seraf. Ay de mí! *Carl.* Tened.
Conde. Qué haceis?
Carl. No os vi, señor, perdonad,
que me cegó la piedad.
Conde. Mi cólera no irriteis,
villano. *Carl.* Bien temí yo.
Conde. Atrevido. *Carl.* Que con el
no pueda reñir! *Conde.* Infiel.
Ern. Señor, en qué os ofendió?
Carl. Mas pues allí está un criado
suyo, si llega á apretar,
en él le pienso dexar
advertido y castigado.
Conde. Os dais por desentendido?
vive Dios, que mi pasion
castigue aqueste baston
en un villano atrevido.
Alza el baston, y le detiene Ernesto.
Carl. Renolt, qué es lo que decis?
vuestra razon no responde
á esto que os ha dicho el Conde?
Renolt A vos dice. *Carl.* Vos mentis,
y así dexa castigados
vuestros errores mi filo,
que el Conde solo ese estilo
tuviera con sus criados. *Dale y cae.*
Renolt. Ay infeliz! *Conde.* Ha traidor!
Carl. Deteneos, que mi fe
castigó á un criado, que
puso mal á su señor.
Y pues con vos, por ser fiel,
no riño, hice lo que visteis,
no porque vos lo dixisteis,
sino por decirlo él.
Con vos no se me permite,
de él mi honor se satisface,
porque la injuria me hace
aquel que me la repite.
Y porque yo soy testigo,
que á honrarme mi fe os obliga;
miente qualquiera que diga,
que en esto hablasteis conmigo,
de vos abaxo, que estais

en lugar del Rey; y así
me retiraré de aquí,
para que no lo digais.
Conde. Prendedle, matadle, muera.
Ern. Este atrevimiento es ya
contra todos. *Conde.* El tendrá
el castigo. *Entran siguiéndole.*
Seraf. Suerte fiera!
Dentro, señora, os entrad,
no ese cadáver asombre.
Mad. Absorta he quedado! á ese hombre,
si vive, á curar llevad,
que del Conde la arrogancia
con qualquiera Militar,
rezelo que ha de costar
algun mal suceso á Francia. *Vanse.*
Salen Portocarrero y Carrasco.
Port. Nadie á la reja salió.
Carras. Dentro suena bravo estruendo,
y un hombre sale corriendo.
Sale Cárlos. La fortuna el resto echó:
Caballero, vuestra espada
á quien me siguiere impida,
que me importa honor y vida.
Vase, y sale Ernesto y Soldados.
Carras. Eso es para una tapada.
Ern. Este es, prendedle.
Port. Yo estoy
á la defensa obligado.
Carras. Y yo, señor, á tu lado *Riñen.*
como dogo. *Ern.* Muerto soy. *Cae.*
Sale el Conde con luces.
Conde. Sin luz Ernesto salió,
sigámosle. *Port.* Pues luz ví,
Carrasco, ven por aquí. *Vanse los dos.*
Sold. El que se retira hirió
á Ernesto.
Cond. Qué es lo que he oido?
mas tambien le seguiré,
pues á la luz observé
las señales del vestido. *Vase.*
Ern. Dexadme al traidor seguir,
que esto no es nada. *Sold.* A curaros
venid, que no he de dexaros
de ese modo proseguir,
nosotros le seguirémos. *Llévanle.*
Salen Portocarrero y Carrasco.
Carras. Ha, señor, este portal
obscuro está; mal por mal,
pues las calles no sabemos,
ocultémonos en él,
que por otra parte ya
el ruido dice, que va
siguiéndonos el tropel.
Port. Enfrente está de la casa
de Serafina; y así
bien podemos desde aquí
no solo oir lo que pasa,
sino mirar si á la reja
salen, ó ruido escuchamos;
pues aunque el riesgo en que estamos
este espacio no aconseja;
adónde habemos de ir,
si hasta que la noche fria
rompa el nombre con el dia,
no hemos de poder salir
de la plaza? qué furor
les moveria contra mí,
que me obligáron allí
á usar de todo el valor?
Carras. No lo sé, ni qué accidente
la fiesta turbado habrá.
Port. No te muevas, que hácia acá
parece que llega gente. *Sale Ricarte.*
Ric. Mas vale nunca, que tarde,
aquel refran nos responde:
este es el portal adonde
mi amo me mandó que aguarde.
Larga ha sido la funcion,
culpa los brindis tuvieron,
donde me desvaneciéron
á razones la razon.
Qué obscuro está! aquí tropieza
la planta, este un poyo es,
y supuesto que los pies
no pueden con la cabeza,
siéntome. *Carras.* Qué mal andar
tiene! *Port.* Calla, que otro allí
viene. *Sale Cárlos.*
Carl. Pues á todos vi
la calle desamparar,
buscándome, y nunca pueden
en juicio probar, que yo
fuí quien á Renolt mató,
aunque sospechosos queden,
este trage he de mudar:

si

si Ricarte espera aquí
con el que mandé; y así
entre ellos me he de mezclar,
desvaneciendo atrevido
qualquier indicio que he dado,
porque en fin lo bien negado
no fué jamas bien creido.
Ricarte? *Ric.* Quién llama? *Carl.* Yo:
dónde estás? *Ric.* Aquí rabiando,
como aquel que tiritando
toda la noche esperó.

Carl. Toma presto este vestido,
y dame el que te he mandado.

Port. Para volver disfrazado
buena ocasion se ha ofrecido;
toma ese, y yo le daré
el mio.

Desnúdanse, y dale Portocarrero su casaca á Cárlos, y da la suya Carrasco á Ricarte, y él le da la que traia prevenida.

Carras. Y el mio yo,
que por malo que sea, no
pienso que empeoraré.

Carl. Toma. *Ric.* Venga, que ahí va
el otro. *Carl.* Vete al momento,
no te vean aquí. *Ric.* Eso intento,
que me llama el sueño ya. *Vase.*

Carras. Muy buena maula se ha hallado
en mi vestido. *Carl.* Fortuna, *ap.*
débate esta vez alguna
piedad, quien vuelve fiado
en la exterior experiencia
de este trage que previno,
no hallando contra el destino
otra humana resistencia. *Vase.*

Port. Raro caso! *Carras.* Y dicha rara:
y aunque á mí me ha sucedido
otro caso parecido,
muchas veces no faltara,
si en Comedia se escribiese,
alguno que lo dudase,
por natural que se hallase
y fácil que se supiese.

Port. En la casa entrando gente
va otra vez; y pues estoy
ya en otro trage, yo voy
á averiguar, qué accidente
fué el que pudo alborotar
la fiesta, y si ha de salir
Serafina. *Carras.* Y quieres ir
donde vuelvan á chocar
contigo? *Port.* Ven, que ya así
va el temor desvanecido,
pues solamente el vestido
resultaba contra mí. *Vanse.*

Salen el Conde, Ernesto y Soldados con luces, y todas las Damas.

Conde. Que no os querais recoger?

Mad. Esto habeis de hacer por mí.

Seraf. Señor, no salgais así.

Ern. Yo me he empeñado en prender
á quien cometió el delito
en mi casa de una muerte,
que á su Alteza de esta suerte
empeño mayor evito.
Intercutanea es la herida
del piquete, y la violencia
del golpe y mi resistencia
ocasionó la caida.
Y esto se ha de castigar,
que si el primero permito,
la cólera hace un delito,
y muchos un exemplar.

Conde. Toda la plaza he rondado,
sin hallar el delinqüente,
y el susto del accidente
vuestro aquí me ha retirado,
hasta poder con el dia
hacer la averiguacion:
esto es quitar la ocasion
de que á la cólera mia
la justicia anticipada
llegue, y lleve á Cárlos preso,
que en los filos del proceso
se embotan los de la espada.

Salen por diferentes puertas Cárlos, Portocarrero y Carrasco.

Port. Con mi industria disfrazado,
á ver el tumulto vuelvo.

Cárl. A entrar aquí me resuelvo,
del nuevo trage fiado.

Conde. Allí diviso al que hirió
á Ernesto, aquel el vestido
es. *Mirando á Cárlos.*

Ern. Vive Dios, que atrevido

aquí el Máscara volvió
que hirió á Renolt: ya es exceso
Mirando á Portocarrero.
contra mí y el General;
y pues él buscó su mal,
ha de ir al Castillo preso.
Conde. Prendiéndole, de él sabré
si Cárlos fué el atrevido.
Carras. A la luz miro el vestido;
por Dios, que no me engañé.
Mad. Otra vez se vuelve aquí
el Español. *Seraf.* Ya ha venido
Hernan Tello; por el ruido
á la reja no salí.
Conde. Ola. *Ern.* Ola.
Unos. Señor. *Otros.* Señor.
Señala cada uno el suyo, y se arrojan unos y otros á cogerlos por detras.
Los 2. Prendedme aquese atrevido.
Todos. Daos á prision.
Los 2. Ha traidores!
Mad. y Ser. Cielos, qué es esto que miro?
Carras. Llegó nuestro fin, ya tengo
calentura en el gallillo.
Seraf. Cómo podré yo estorbarlo?
Mad. Cómo pudiera impedirlo?
Seraf. En qué, señor, te ha injuriado?
Mad. En qué, esposo, te ha ofendido?
Ern. En su trage se conoce,
que es el que osado y altivo
perdió el respeto á su Alteza.
Conde. En su trage he conocido,
que es este el que á Ernesto hirió.
Port. Por quánto, Cielos divinos, *ap.*
donde juzgué hallar remedio,
no hallara nuevo peligro!
Carl. Por quánto no hallara un riesgo
donde buscaba un alivio! *ap.*
Carras. Y por quánto, segun anda
confuso este laberinto,
quizá estará condenado
á ahorcar este vestido!
Ern. Destapadle el rostro.
Conde. Veamos
quien es. *Descubren á los dos.*
Carras. Esto va perdido.
Ern. Válgame el Cielo! qué veo?
Conde. Valedme, Cielos! qué miro?
Ern. Hernan Tello pudo ser,
con quien un lance ha tenido
tan pesado el Conde! *Conde.* Quien
me ofendió, no es Dumelino?
Mad. Qué equivocacion de trages
ha sido esta? *Seraf.* Qué habrá sido
esta mudanza en los dos?
Conde. Quando acercarnos podimos,
yo escuché la voz de Cárlos.
Ern. En qué empeño estoy metido,
quando le debo agasajos!
Vuelve y vé á Portocarrero.
Conde. Ernesto? pero qué es esto!
Vuelve y vé á Cárlos.
Ern. Señor, pero qué he mirado!
Conde. Hernan Tello aquí escondido
con el trage que tenia
mi ofensor? *Ern.* El que me ha herido
fué Cárlos? *Seraf.* La admiracion
me vistió de mármol frio.
Conde. En buen empeño se halla
la autoridad con el brio.
Ern. En fuerte lance me veo
con mi yerno y con mi amigo.
Port. Cielos, variando el acaso,
firme se quedó el peligro!
Carl. Cielos, mi fortuna ha dado
de un abismo en otro abismo!
Port. Para quándo son las ansias?
Carl. Para quándo los gemidos?
Carras. Para quándo, para quándo
aguardan falsos testigos?
Conde. Villanos, soltad, qué haceis?
habiendo ya conocido
la persona del señor
Hernan Tello, así atrevidos
le oprimis, viniendo á honrar
sus servidores antiguos?
Carras. Luego dirá mi amo, que
no somos bien recibidos.
Conde. Habiéndoos visto, señor,
aunque me pesa infinito
no hayais de vuestra jornada
anticipado el aviso,
y que para el hospedage
no nos halleis prevenidos,
bien veis, que excusar no puedo;
que aquí os detengais, pediros
es

es fuerza, hasta dar cuenta
á mi Rey de vuestro arribo,
y así á ser mi huésped solo
habeis de venir conmigo.
Ern. A vuestra Alteza, señor,
que considere suplico,
que es eso desaforar
al Pais de sus prescritos
privilegios. *Cond.* Cómo? *Ern.* Como
aunque vuestra Alteza vino
á gobernar la Provincia,
quando Amiens no ha recibido,
por sus fueros, de Soldados
Guarniciones ni Presidios,
toda la jurisdiccion
le toca en ella á mi oficio,
y en el Exército á vos:
luego si está en mi dominio,
claro se vé, que á mí solo
toca hospedarlo y servirlo.
Conde. No digais eso, que yo
en lugar del Rey asisto
aquí. *Ern.* Y yo, señor, con su
jurisdiccion me autorizo.
Conde. Lugar-Teniente del Rey
al General es estilo
llamar. *Ern* No aquí, donde tienen
privilegios los vecinos
de no admitir Soldadescas,
pues profesan ellos mismos
la Milicia, y ellos tienen
sus Gefes. *Conde.* No persuadirnos
querais eso, que vos solo
Juez Ordinario habeis sido,
y este es fuero Militar,
cuyo imperio privativo
reside en mí *Ern.* Tambien yo,
por las Milicias que alisto,
Capitan de Guerra soy.
Conde. Pues á los órdenes mios
no estais por esa razon?
Ern. En caso de guerra ó sitio,
si, en lo que toca al manejo
de las armas; mas no al juicio,
en que aquí el Potestad tiene
absoluto Señorío:
y así debeis entregarle.
Conde. Soldado soy, no Ministro,
y prisioneros de guerra,
á Justicias no permito
rendir, pues nunca ser puede
delinqüente el enemigo;
y no se porfie en esto,
pues se vé que es desatino,
que quien manda Armas de España,
á ménos se haya rendido,
que á quien manda Armas de Francia.
Ern. Segunda vez os repito,
que yo mando estas Milicias
tambien. *Conde.* No me hagais deciros,
que un Caudillo Militar
no ha de rendirse á un Caudillo
de los mecánicos Gremios,
que es baxeza discurrirlo,
y aun el sufrirlo yo,
sin dar á ese error castigo.
Ern. Yo cederé protestando;
mas no sé si consentirlo
querrán los Burgeses. *Unos.* No,
que nuestros fueros antiguos
defenderémos. *Otros.* Nosotros
sobramos á reducirlos.
Port. Bien vino la competencia
para no darme á partido.
Carras. Valido de este alboroto,
escaparme determino.
Port. En tumultos populares
á mi valor permitido
será, sacando la espada,
estorbar que hagan conmigo
indecorosa violencia. *Saca la espada.*
Carras. Eso si, cuerpo de Christo,
que ha rato que está en el pecho
la sangre dando pellizcos.
Unos. Del Conde es.
Otros. Del Potestad
es. *Carras.* Yo aqueste medio elijo,
para huir de sus rigores. *Apaga las luces*
Unos. A ellos. *Otros.* A ellos, amigos.
Conde. Ninguno aquí riña, pues
que corran riesgo es preciso
las Damas. *Ern.* Nadie use armas
hasta que hayan traido
luces: Ola, luces presto.
Seraf. Muerta estoy!
Mad. Sin alma animo!

Flor.

Flor. Qué miedo! *Unos.* Salgamos fuera.
Port. Carrasco?
Carras. Qué hay, señor mio?
Port. Sígueme. *Carras.* Ya voy, mas voy
tentando con los hocicos.
Port. Cielos, la puerta no encuentro.
Seraf. Español? *Port.* Quién es?
Seraf. Venios
conmigo. *Port.* Esa dulce voz
imperio tiene atractivo. *Vanse los tres.*
Sale Nise con luces.
Nise. Ya están las luces aquí.
Conde. Qué es esto? dónde se ha ido
Hernan Tello? *Ern.* Esa es mi duda.
Conde. Pues buscarle determino
por la casa. *Ern.* Y yo tambien. *Vase.*
Conde. Vaya Cárlos al Castillo,
que ha de pagar su osadía,
por vida del Rey Enrico. *Vase.*
Cárlos. Cielos, ved que en tantas ansias
me da muerte el ver que vivo.
Llévanle los Soldados.
Mad. Aunque puede ser que le haya
de todos desparecido *ap.*
Serafina, he de callar;
pues con ocultarle, evito
al Conde y al Magistrado
empeño tan conocido. *Sale Ernesto.*
Ern. Toda la casa he mirado,
y solo falta este sitio
del quarto de Serafina. *Sale Serafina.*
Seraf. Yo cerrado le he tenido
con la llave. *Unos.* Viva el Conde.
Otros. Viva el Magistrado.
Sale el Conde. A gritos
se abanderiza la Plebe;
entre ellos habrá salido
á la calle, y lo primero
es, Ernesto, dividirlos,
y dar órden en las puertas,
que no abran, hasta otro aviso;
yo le cercaré la casa,
por si ocultarle ha querido.
Ern. Estorbemos el tumulto,
que él no saldrá del recinto
de los muros, y podrémos
buscarle mas advertidos. *Vase.*
Mad. De tanto acaso asustada
á Palacio me retiro.
Seraf. Señora. *Mad.* Quedad con Dios,
que en efecto habeis cumplido
como quien sois.
Seraf. No os entiendo.
Mad. Yo os diré por qué lo digo. *Vase.*
Seraf. Este enigma me faltaba;
pero entre tanto que el ruido
se sosiega, esto es primero:
salid. *Salen Portocarrero y Carrasco.*
Port. A tus pies rendido,
Madama. *Seraf.* Excusad razones,
porque no es tiempo de oiros.
Vos, hidalgo, en ese paso,
á este corredor vecino,
mirad si vuelven. *Carras.* Sí haré,
y ninguno, si yo miro,
irá tan descaminado,
que se escape de registro. *Vase.*
Seraf. No mas sustos, Español,
que el pecho me habeis tenido
estremeciendo á presagios,
y palpitando á latidos.
Estos son vuestros arrojos?
mal hubiese mi delirio
en deciros lo que nunca
juzgué que hubiese traido
tal séquito de accidentes,
tal concurso de peligros!
Lo que no es amor, no sea
cuidado, que es desvarío
tener la pension del riesgo,
sin propension del cariño.
De la casa de mi padre
caen los jardines floridos
al muro, y en él, yo y una
criada, de quien me fio,
una cuerda os atarémos,
en estando recogidos
todos, baxaréis por ella,
que yo á quitarla me obligo,
por no dexar contra mí,
quando amanezca ese indicio.
Y pues la Plaza no pueden
abrir, hasta que en los visos
encienda el Alba los montes
de aquel albor matutino,
tiempo teneis de escaparos,
ántes

ántes que puedan seguiros.
Tomad, tomad el retrato,
pues por él habeis venido,
porque no volvais por él,
que un miedo os he concebido,
tal, que sin serlo yo, os tiemblo
mas que vuestros enemigos,
y en lo que tuvo de vuestro,
le desconozco por mio.
Id con Dios, que ya me cuestan
vuestros arrojos martirios,
y me anda acá lo piadoso
desmesurando lo esquivo.
No volvais á verme mas;
ni quiero que un desvarío
me asuste, sin ser amor,
y hallando hecha el alvedrío
la costa á lo cuidadoso,
se domestique en lo fino.
Port. Yo tomo el retrato; pero
no viniendo en el partido
de no veros. *Seraf.* Pues de mí
qué es lo que intentais?
Port. Serviros
tan á todo trance, que
no solo aqueste conflicto
no me haga escarmentar; pero
juro á los Cielos Divinos,
que ningun Frances consiga
lograros miéntras yo vivo.
Seraf. Pues podeis vos aspirar,
siendo de opuestos dominios,
á ser mio? *Port.* Por qué no?
Seraf. Si vuestro espíritu altivo
no encuentra dificultades,
mal dexará persuadirnos
la razon á error tan grande;
no querais hacer impío,
que me halle bien con creerlo,
si el tiempo ha de disuadirlo.
Port. Pues qué dificultad tiene
ser vasallos de un Rey mismo
los dos?
Seraf. Bien está: pues yo,
si eso salvais vos, me obligo
á ser vuestra. *Port.* Quándo?
Seraf. Quando,
puesto que los dos vivimos
hoy á dos Reyes sujetos,
hagais vos en mi servicio,
ó que Amiens sea del vuestro,
ó que Dorlan sea del mio.
Port. En bodas como las nuestras
es mas cortesano estilo,
que no salga de su casa
la Dama; y así yo elijo
que sea Amiens del Rey de España,
pues casi imposible miro
que sea Dorlan de Francia,
en tanto que yo la rijo.
Seraf. O qué arrogancia Española,
tan propia de aquel nativo
soberbio espíritu, que
os hace á todos malquistos!
Bien juzgué, que mereciese
mas el darme yo á partido,
que un engaño, porque engaño
es ofrecer presumido
temeridades, adonde
no puede llegar el brio.
Voy á allanaros el paso,
porque luego podais iros
donde aun de mis quejas no
percibais un desperdicio;
y un imposible tan grande,
id, Español, advertido,
que fué baxeza ofrecerlo,
no pudiendo vos cumplirló. *Vase.*
Port. Qué es lo que pasa por mí?
yo, Cielos, desvanecido
dixe una proposicion
á una Dama, cuyo juicio
motejando de arrogancia
mi amoroso desvarío,
aun le graduó por desprecio
mas allá de desatino.
No cumplirle la palabra,
fuera en mí valor indigno;
cumplirla, entregando á Francia
á Dorlan, fuera delito
contra mi Rey y mi honor:
y en los extremos distintos
de amor y honor, Rey y Dama,
es en leales Caudillos
ántes el Rey, que el amor,
y el honor, que no el cariño.

Ea, discurso, al empeño,
que si ahora de aquí salimos,
Amiens ha de ser de España:
para cuyo gran motivo,
valga la industria por Armas,
por Exército el capricho,
la astucia por batería,
y por poder el arbitrio:
pues doy á España esta Plaza,
venzo aquel rigor esquivo,
me corono de Laureles,
hago halagos los desvíos;
puesto que cumplo (excusando
en fin discursos prolixos)
á mi Dama una palabra,
y hago á mi Rey un servicio;
porque sepan las edades
venideras, lo que hizo
por su Rey y por su Dama
un Español de este siglo.

JORNADA TERCERA.

Sale Portocarrero y Soldados.

Port. Altos, verdes y antiguos Ciudadanos,
de estas riberas vividores Olmos,
que texiendo cortinas enredadas,
sois de este Valle pabellon frondoso.
O vosotros, que fuisteis á mis ansias
florecientes testigos! O vosotros,
cómplices de suspiros tan callados,
que aun yo mismo los siento y no los oigo!
Troncos, en quien el Zéfiro suave,
pulsando vuestras hojas sonoroso,
al ardiente compas de mis suspiros,
de acompañar mis penas suena ronco:
pues me dais el consuelo de atenderme,
y el secreto ofreceis á mis sollozos,
siendo para escucharlos siempre atentos,
estando para oirlos siempre sordos.
Grabad el nombre en vos de Serafina,
y haced que vuelvan á escuchar mis ojos
el dulcísimo nombre de quien fuéron
láminas vegetables vuestros troncos.
A Amiens he de rendir (terrible empresa!)
pues me asusto en lo mismo que dispongo,
y de tener tan alto pensamiento
aun se halla el pensamiento temeroso.
No lidio, no, con Bárbaros Caribes
de aquellos, que en el clima mas remoto
habitan breve mundo, en Isla breve,
verde lunar de cristalino rostro.
No con aquellos, que juzgaban eran
de condensada nube ardiente aborto
esas bocas de bronce, que oprimidas
bostezan humo, quando escupen plomo.

Con los Franceses lidio: ó amor noble!
quién habrá que se esmere en tus opro-
quando tú las acciones generosas (bios,
enseñas á los pechos generosos?
Sale Ortiz con un Mundi Novo.
Ortiz. Gracias á Dios, que el camino
me has ahorrado, y que dichoso,
hallando á tu gente haciendo
forrages en ese soto,
llego á tus plantas. *Port.* Ortiz,
bien venido: cuidadoso
me has tenido. *Ortiz.* Señor mio,
yo estoy viejo, y aunque mozo
fuera, aun no pudiera andar
una Aguila de retorno,
al paso que va el deseo
de qualquier amante bobo.
Yo entré en Amiens disfrazado,
con todo este promontorio
del Mundi Novi, que traxo
un extrangero famoso,
invencion extraña para
sacar de la risa el oro.
Grité por aquellas calles,
soltando á mi voz el chorro:
Quién chierri ver cosi extrañi,
cosi lindi, el Mundi Novo?
li Sastri, li Zapateri,
Trompetieri, y sobre todo,
li siñor Catalinique;
é hice tan grande alboroto,
que mas de seis mil muchachos
me acompañaban el tono.
Entré en muchísimas casas,
donde llamáron gustosos
á ver la novedad, cuyos
embelecos á mi bolso
iban atrayendo ochavos,
tropezando unos en otros.
Una la de Serafina
fué, de que sé, que envidioso
quedarias; y teniendo
yo una cara de demonio
entónces, toda tu gala
trocaras tú por mis ojos.
Ella salió: ó qué ocasion
me ofrecia el episodio
de pintártela, si acaso
permitiera el auditorio
á romances de vejetes
ambages y circunloquios!
Saqué yo mi Mundi Novi,
sacudiendo de los hombros
tantas mentiras de bulto,
que sobre un bufete pongo.
Habia en él una danza
de Máscaras en el corro,
y yo dixe entónces: Esti
es en Amiens un vistoso
festin, en donde Hernan Tello
entró tambien de rebozo.
Ella se asustó. Yo dixe,
que mil secretos curiosos
llevaba, y que le feriaba
en una caxa unos polvos
de grandísimas virtudes
naturales para el rostro;
que en un papel dentro (aquí
di una guiñada) iba el modo
de usarlos, y la receta
para hacerlos. Entendiólo,
que es demonio la muchacha,
y con un chiste gracioso,
que descomponer pudiera
mi recato mas devoto,
quando allá en mis mocedades
era yo mas cosquilloso,
me dixo: Yo lo veré;
dándome un doblon de á ocho,
que no quiso el asonante,
que fuese mas el socorro.
Volví á pasar por la calle
despues, y del mismo modo
me llamáron, y me dixo,
como fingiendo un enojo
de un almivarado ceño,
cuyo dexo es pegajoso:
Tomad allá la receta,
que grande escrúpulo formo,
y no quiero yo quedarme
con cosa, que á mi decoro
esté mal; pues es hechizo
con pacto supersticioso.
Entregóme este papel *Saca un papel.*
con esta industria, y yo tomo
la caxa, y piano, piano,

con todo el Mundo me torno
á cuestas, y con dinero,
que pesa mas por ser poco.

Port. Tú has hecho la diligencia
recatado y cauteloso,
como tan gran partidario.
Muestra ese papel, que el gozo
en el corazon no cabe,
y va rebosando al rostro.

Lee. Monsieur, vos habeis buscado
á mi recato un tan propio
modo de favoreceros,
que en él tambien me conformo.
Que sea vuestra me volveis
á pedir, quando brioso
conquisteis á Amiens; yo digo,
que al partido me acomodo,
no pudiendo hallar mejor
camino, ni mas ayroso
de despediros, supuesto
que otorgando á vuestro antojo
una esperanza con un
imposible, nada otorgo,
que es lo que yo deseaba,
no quedando vos quejoso;
que esto de quedar con quejas,
es exponerse al apodo
de tirana, cruel y fiera,
que sabeis decir vosotros,
pretendiendo que admitamos
por finezas los oprobios. *Dexa de leer.*
Esto es empeñar de nuevo
mi valor al mas heroyco
asunto que celebráron
los Anales prodigiosos.
Ah si Francisco de Arco
viniera, á quien presuroso
desde que de Amiens salí,
despaché á pedir socorro
al Archiduque!

Salen Francisco del Arco y Carrasco.

Franc. Las plantas
me da. *Port.* Aragones famoso,
llega á mis brazos, pues ellos
te coronan. *Carras.* Y á mí y todo,
señor, pues desde Bruselas,
envuelto en sudor y en polvo,
me viene una posta dando
puñaladas en los lomos,
ensartando en su espinazo,
como si fuera Avalorio.

Port. Cómo dexais á su Alteza?

Franc. Quando llegué, en alborozos
públicos la Villa ardia,
pavon de fuego vistoso,
con pompa de luminarias,
que coronándola en torno,
párpados de luz palpitan
en tantos trémulos ojos.
La causa de esta alegría
era volver victorioso
despues que de los dos meses,
Franceses la tregua han roto
de Cales, el Archiduque
Alberto, cuyos gloriosos
hechos, si en su pecho caben,
no caben en sus elogios.
Díle tu pliego á su Alteza,
que le recibió gustoso,
preguntándome por ti,
y exâminando curioso
cómo estás, en qué discurres,
y cómo te hallas; de modo,
que al ver que un Príncipe grande
admite entre sus ahogos
tan por menor los cuidados
de su gente, reconozco,
que en su servicio los riesgos
se alivian; porque es notorio,
que quien de ti no se olvida,
no se olvidará tampoco
de tus servicios, pudiendo
con beneficio tan corto,
al ser de lo agradecido,
divertir lo deseoso.
Díxome, que le pedias
licencia, gente y socorro
para una oculta interpresa:
preguntó, si noticioso
de ella yo me hallaba? Dixe,
que tus designios ignoro,
porque el secreto tenias,
y aun se aventuraba el logro
dando cuenta. A que me dixo:
Hecho será prodigioso,
siendo suyo; y le diréis,

que remitirle dispongo
la gente que aquí me pide,
por ser el número poco;
que si ántes puede dar cuenta
del designio cauteloso,
se verá acá en el Consejo;
pero si halla algun estorbo
en la dilacion del tiempo,
que él emprenda por sí solo,
fiando de él el suceso,
pues sus experiencias toco.
Este despacho te envia, *Dáselo.*
con órden de que estén prontos
á remitirte esa gente
quantos Cabos valerosos
las guarniciones y plazas
habitan de este contorno.
Y por si venir Maestros
de Campo fuere forzoso
para mandarles, te envia
tambien grado decoroso
de General de Batalla,
de que el parabien nosotros
recibimos, y el viage
dichosamente corono.

Port. Una y mil veces los brazos
me da, porque sus prisiones,
de dos almas eslabones
sean en eternos lazos.
Su Alteza me escribe aquí,
que á todos órden envia
que me obedezcan, y fia
tan grande empresa de mí,
aunque cuenta no le he dado,
de mi valor persuadido,
á que ya está conseguido,
con haberlo yo intentado.

Carras. Y de eso tan triste estás?

Port. Entre temor y esperanza,
Carrasco, esta confianza
es la que me empeña mas.
Siempre se experimentó
ser enemigo violento
la palabra ó pensamiento,
que del pecho libertó
un hombre; que su impiedad
el afecto mas cruel
suele volver contra aquel,
que le dió la libertad.
Empresas; que á ser creidas
no naciéron destinadas,
no deben ser reveladas
ántes de estar conseguidas:
que como difícil es
el persuadirlas constantes,
solo las desprecia ántes
quien las admira despues.
Y la censura importuna
opone dificultades,
solo las temeridades
las sentencia la fortuna;
pues con juicio desigual
hace que el nombre les den
de hazaña, si sale bien,
y de locura, si mal.

Carras. No en fantásticos vayvenes
te quieras desvanecer,
y lo que esperas tener,
no juzgues que ya lo tienes:
porque al verlo disuadido,
harás, segun de esto arguyo,
que lo que nunca fué tuyo,
lo llores como perdido. *Disparan.*

Dent. Cárlos. Ay de mí!

Dent. Renolt. Matadle, muera.

Carl. Desesperado sabré
morir ó matar. *Port.* Mas qué
confuso lamento altera
este campo?

Carras. Entre espesuras,
que son fragosos canceles,
un torbellino de pieles,
y un viento con herraduras,
corre el monte desbocado;
y segun fogoso viene,
de la pólvora que tiene,
pienso que se ha disparado.

Franc. Y en un tronco choca allí,
y el ayre y tierra midiendo,
despeña á un jóven, diciendo::-

Sale Cárlos. Ay infeliçe de mí! *Cae.*

Port. Carrasco, acúdele, y vos,
que salga á la oposicion
de esa Tropa un Batallon,
haced. *Vanse los Soldados.*

Ortiz. Yo me voy, por Dios,

á descansar, que no miras,
que rendido estoy aquí,
y ha rato que sobre mí
tengo un mundo de mentiras. *Vase.*
Carl. Ay triste! *Franc.* Parece, que
cobrando el perdido aliento,
vuelve ya en sí.
Carras. Muy bien hace
en volver en sí, supuesto,
que hasta ahora ha estado en mí,
que en mis costillas le tengo.
Port. Infeliz jóven, cobraos.
Carras. Y yo, si soy quien le debo,
te le daré adelantado,
porque se cobre mas presto.
Carl. Ya que de aquel parasismo,
que con mortal desaliento,
entre mi muerte y mi vida
fué paréntesis funesto,
cobrado estoy; á tus plantas,
ilustre Portocarrero,
cuyas gloriosas hazañas
padrones serán del tiempo,
yace Cárlos Dumelino.
Port. Levantad, Cárlos, del suelo,
que ya me acuerdo que fuisteis
en Dorlan mi prisionero.
Cielos, este es el Frances *ap.*
del retrato, á quien prendiéron
no sé por qué aquella noche,
que me vi en peligro dentro
de Amiens! ya podré saber
el motivo de mis zelos.
Cárlos, qué es esto?
Carl. Un agravio
tan rigoroso, tan fiero,
que su dolor::- pero cómo
su dolor explicar quiero,
si su inmensidad no cabe
aun en la del sentimiento?
Ofendióme un Poderoso
en el honor: ya con esto
de una vez lo dixe todo;
que hay linage de tormentos,
que aun no se atreve á explicarlos
quien ha menester saberlos.
Ya pues con esto te he dicho
mi intencion; porque naciendo
noble, á nadie revelara,
que el honor perdido tengo,
á no ser para cobrarle:
porque aun de este modo quiero,
no fiándome de mí,
ponerme á mí en el empeño.
Lo que aquella noche viste
executar no lo cuento;
el motivo sí, pues fué
querer el Conde severo,
faltándose á sí y á mí,
hacer con entrambos, ciego,
blason de lo soberano
el furor de lo violento.
Ernesto Pleysi dexó
tratado mi casamiento,
quando pasó á los Cantones,
con una hija suya.
Port. Cielos, *ap.*
muerto he quedado!
Carl. Y aunque á ella
rigores solo y deprecios
debo, pues los precio tanto,
que imagino que los debo::-
Port. Alentemos, corazon. *ap.*
Carras. Hombre, deten el resuello,
que le habias dado en la nuca.
Carl. Con tan reverente afecto
la idolatré, que á un Pintor
llevando, porque cogiendo
sus perfecciones á hurto,
aquel simulacro bello
hiciese, que por los ojos
bebiese mi entendimiento.
Con solo un retrato suyo
me quedé, que supo diestro
al ruido de la esperanza
embelesar mis deseos.
Este es aquel que en Dorlan
perdí; ya sabes que fuéron
tales entónces mis ansias,
y tan raros mis extremos,
que ofrecí por su rescate,
no tan solo quantos medios
tuviese, mas tambien quantos
esperase, reduciendo
lo adquirido, lo esperado
y lo posible á su precio;
sien-

siendo tanto lo que cabe
del hombre en el pensamiento,
que el poder de la fortuna
mas derramado en los premios,
podia tal vez agotarlos,
mas nunca satisfacerlos.
Volvió Ernesto, y quando yo
esperaba del concierto
la conclusion, quiso el Conde,
por gala ó por devaneo,
servirla, de mí fiando
su cuidado; mas yo atento
le respondí, en el estado
que se hallaba de mi empleo
la esperanza. Desde entónces
se opuso á mi vida fiero.
Qué empresa de gran señor,
digna de un alto concepto,
fué quitarme á mí el honor?
ni qué vanidad, supuesto,
que quanto es mas gran señor,
se descubre mas; pues vemos,
que el que no hace lo que debe,
es acreedor de sí mesmo,
que jamas cobra de sí
lo que á sí se está debiendo?
Por el suceso de aquella
noche, me lleváron preso
á una Torre, donde en fin
al rigor del hado adverso
me vi á muerte condenado,
sobre un fingido pretexto
de política, intentando
apasionado el Consejo,
que el vengar mi ofensa fuese
perderle al Rey el respeto.
Mas se le pierde el Ministro,
que ajando el poder supremo,
la autoridad Real humana
á sus pasiones, sirviendo
como él quiere, y quizá solo
para los casos mal hechos.
Mas yo, limando con oro
los Guardas, en un ligero
bruto escapé, quando de un
riesgo salí á mayor riesgo;
pues Renolt y sus parciales
en venganza me siguiéron
de su injuria, y al caballo
alcanzando el uno de ellos,
le dió un balazo; de suerte,
que desbocado, corriendo
chocó en un tronco, quedando
del golpe y la herida muerto,
y yo á tus plantas rendido.
Ea, generoso Tello,
mi cólera y tu valor
á la faccion aunemos
de vengarme: vive Dios,
que ha de ver el Conde fiero
quánto pierde de su fama,
quien pierde un hombre de esfuerzo.
En el honor me ha ofendido;
y si en su honor no me vengo,
no siendo igual el agravio,
no es igual el desempeño.
El crédito ha de perder
el Conde en Francia, si puedo;
pues yo para Francia ya
eternamente le pierdo.
No mas Francia: Patria ingrata,
tú conocerás el yerro
que cometes, en dexar
que me pierda, no oponiendo
contra las iras del Conde
todo el poder de mis deudos.
Aliéntense pues tus iras,
consuma voraz el fuego
á Amiens, y sea á su opulencia
tumba la region del viento.
Para esta Campaña hay
tantas municiones dentro,
que hoy es la Plaza un tesoro
Militar de todo el Reyno.
El Rey en persona quiere
con sus victorias soberbio
entrar en Flándes, á cuyo
motivo va disponiendo
el Mariscal de Viron
dos Exércitos tan gruesos,
que anegar puede el tumulto,
ántes que mate el acero.
España no tiene fuerzas
para estorbar los progresos
de esta Campaña, en que Francia
de su poder echa el resto:

pues

pues tú solo has de librar
á Flándes, que sorprehendiendo
á Amiens, con las municiones
de guerra y boca, que han hecho
allí almahacenar, les quitas
de la Campaña los medios.
Por este camino solo,
todo el poder destruyendo
de los Exércitos grandes,
que si les falta el sustento,
tantos son los enemigos,
quantos Soldados en ellos
hubiere; y mas, asentado
que para formarse el cuerpo
de un Exército, es el vientre
el que se forma primero.
No hay Guarnicion de Soldados,
que nunca la consintiéron
los Burgeses, alegando
heredados privilegios:
y así, ellos mismos defienden
esta Plaza; á cuyo efecto
se alistan veinte mil hombres,
repartidos en sus Gremios,
y toda gente adiestrada
en el Militar manejo.
Pero en la Puerta, que llaman
de Monte-Curue, hay un puesto
donde está el cuerpo de guardia,
y estando ahora tan léjos
de sospechar enemigos
en la Campaña, no habiendo
Exército, los Soldados
se suelen entrar al fuego
de una casilla vecina,
donde las iras del cierzo
reparan, por ser aquí
tan rigoroso el Invierno,
que siempre agua condensada
en copos inunda el viento:
por esta puedes entrar,
que yo á llevarte me ofrezco
seguro al muro; y así
conseguirémos á un tiempo,
yo venganzas, tú blasones;
porque si ofendido veo
perdido mi honor, quánto es
mejor perder el esfuerzo,
que la paciencia, y mas bien
vengando, que no sufriendo.

Port. A descansar le llevad
vosotros ahora, que luego,
que yo á Dorlan con la gente
vuelva, de espacio hablarémos.

Sale un Soldado.

Sold. Hasta Amiens hemos seguido
esa Tropa; pero puestos
en fuga, ninguno pudo
llegar á reconocerlos.

Port. Bien está: Cárlos, á Dios.

Cárl. El quiera, que este veneno
del alma, infestando á Francia,
dexe sin ofensa el pecho. *Vase.*

Franc. Por qué, señor, respondiste
al Frances con tal despego,
sin darte por entendido
en nada, de quan á tiempo
su auxîlio viene? *Carras.* Estuviste
oyéndole circunspecto,
sin moverte á nada, no
fias de él?

Port. Pluguiese al Cielo
no nos creyésemos nunca,
Carrasco, de mal contentos
de Francia. *Carras.* Porqué?

Port. Porque
se reconcilian tan presto
como se enojáron; pues
siendo tan fácil su genio
en perdonar y ofender,
lo que conseguido habemos,
es perder en sus socorros
tiempo, ocasion y dinero,
y luego ellos ajustarse,
dexándonos descubiertos,
y van allá á revelar
todo lo que acá supieron.
Yo no he de fiarme de él,
pues si él hace este despecho,
enojado de que el Conde
dirigiese sus obsequios
á Serafina, qué hará
despues conmigo, que pienso
quitársela á él, al Conde,
á Francia y al mundo entero?

Carras. Eso me concluye. *Franc.* Una
por

por una, lo cierto es cierto;
pues desde la noche, que
de Amiens volviste, primero
que me enviases á Bruselas,
me mandaste ir encubierto
á exâminar de la Plaza
la situacion, el terreno,
fortificacion, defensas,
municiones y pertrechos;
y lo mismo que él te ha dicho
de la puerta, el indefenso
cuerpo de guardia, y las otras
cosas que ha contado, fuéron
las mismas que conté yo,
y Ortiz, las veces que ha vuelto,
ha convenido en lo mismo.

Port. Francisco, en lances como estos,
se ha de usar del enemigo,
como los Médicos diestros
usan del veneno, para
que lleve el medicamento
al corazon, donde siempre
se va el tósigo derecho,
echando el veneno en poca
cantidad, que á no saberlo
usar con recato, fuera
mayor peligro el remedio.
Del enemigo se fie,
pero poco y con rezelo;
porque no hay destreza, como
alambicando á un sugeto,
saber separar lo malo,
y valerse de lo bueno.
Hoy con la órden de su Alteza,
despachar propios pretendo
á Condé, Cales, Bapama
y la Capela; y ordeno,
que de aquellas guarniciones,
ramos y destacamentos,
hasta el número que pido,
marchen aquí de secreto.
Quien piensa temeridades,
ha de perder todo el miedo
á la razon y al discurso,
huir del entendimiento.
Si á Fernan Cortes hubiera
salido mal el intento
de prender á Motezuma,
dixéramos que era necio,
loco, temerario, y hombre
de toda razon ageno;
salióle bien, la fama
le ha colocado en su templo;
que empresas grandes no caben,
sino es en los grandes pechos,
y son las temeridades
su mas terrible argumento;
porque no las califica
la razon, sino el suceso.
Atended ahora la órden,
que en mi empresa doy; pues creo,
si el intento se consigue,
dexar al mundo un exemplo
de hasta donde llega el garbo
de no estar en un empeño,
á los ojos de una Dama
desayrado un Caballero.
Francisco del Arco, tú
y otros doce compañeros,
los hombres de mas valor,
que se hallan entre los nuestros,
en el trage de paisanos
habeis de ir á Amiens, vendiendo
frutas para su consumo,
como villanos groseros,
que andan en este Pais,
con unos sacos de lienzo
hasta los pies, con que pueden
debaxo de él ir cubiertos
los puñales y pistolas,
que den á la accion aliento.
Fabricarémos un carro
de los mas robustos leños,
donde á la madera fuerte
vistan cortezas de hierro,
que resistan el rastrillo.
Tú, Carrasco, has de ir rigiendo
los caballos. *Carras.* Vive Dios.

Port. Cómo replicas, soberbio,
así á mis preceptos? *Carras.* Antes
desde ahora los obedezco,
que en empezando á votar,
empiezo á ser Carretero.

Port. Tú has de llevar este carro
á entrar en la Plaza lleno
de paja para su abasto,

 por-

porque no solo con esto
las planchas de hierro cubra;
pero pueda llevar dentro
mosquetes y partesanas
y espadas, que tomen presto
Francisco y los suyos, quando
los pidiere el caso.
Carras. Y luego?
Port. Este es el órden que os doy,
que lo demas no revelo
hasta su ocasion. *Carras.* Pues ea,
señor, vengamos al cuento,
que si en la ocasion me miro,
y si del carro me apeo,
han de saber, que nacidos
me vinieron los reniegos.
Franc. Si han de ser doce los mios,
yo voy, señor, á escogerlos
en todos los reformados.
Carras. Vive Dios, que hay Mosquetero,
que sabrá::-
Port. No, no, Francisco,
á reformados me atengo;
que en estos casos la honra
es otra parte de esfuerzo.
Franc. Pues marchemos á Dorlan.
Port. Pues á la Plaza marchemos.
Carras. Pues á hacer el carro vamos,
donde verás lo que ruedo.
Franc. A disfrazarme. *Port.* A vencer.
Franc. A dar triunfos.
Carras. A echar ternos.
Port. Y yo á ofrecerla á las plantas
de mi Monarca supremo,
para que la fama diga,
que consiguió este trofeo
por su Rey y por su Dama
Hernando Portocarrero. *Vanse.*

Salen Madama, Serafina y las Criadas con luces.

Seraf. Yo quedo bien advertida,
señora, ó desengañada,
de no dar jamas entrada
á las dichas de esta vida,
donde tengan acogida
tan dentro del pensamiento,
que con proceder violento,
nos traigan en cambio injusto,
si al adquirirlas un gusto,
al perderlas un tormento.
Ricas copas, que adquirió
Cotis de cristal, con fiera
saña, ántes que las rompiera
otro, él mismo las rompió;
porque tanto se agradó
de ellas, que ántes que el contento
hiciese en el alma asiento,
pedazos las hizo injusto,
para no poner su gusto
donde se le rompa el viento.
Yo así, señora, debí
hacerme esta tiranía,
quando para dicha mia
os traxo la suerte aquí:
el alma toda os rendí,
y mi fortuna severa
os ausenta de manera,
que en la pena que resisto,
diera por no haberos visto,
quanto ántes por veros diera.
Mad. Guárdete Dios, Serafina,
que yo tan gustosa voy
de haber visto junta hoy
con tu hermosura divina
tu discrecion peregrina,
que aunque el dolor no resisto
de ausentarme, pues conquisto
esto, daré de esta suerte
todo el pesar de no verte,
de albricias de haberte visto.
El Conde se ha de volver
á Perona, á gobernar
la Provincia allí, y á estar
mas quieto á mi parecer;
que su humor no puede ser
para estar ni residir
donde intenten resistir
su imperio, si llega á ver,
que aun no saca en el vencer
la costa de competir.
No te he dado el parabien,
por las cosas que pasáron,
de lo bien que se empleáron
descuidos de tu desden.
Seraf. Pues en quién, señora?
Mad. En quién?

Seraf.

Seraf. Si por el Conde diria? *ap.*
Mad. En alguna bizarría,
que en la gala que llevaba,
yo como tuya buscaba,
y la encontré como mia.
Seraf. Por quién lo decis no sé.
Mad. Tu secreto hacer codicia
un agravio á mi malicia;
y si entónces lo callé,
no fué porque lo ignoré,
pues yo le hablé y yo le ví,
y solo te pido aquí,
por nuestra amistad estrecha,
que no desmientas sospecha,
que me está tan bien á mí.
Seraf. No alcanzo yo en duda igual,
sino es lo que presumí,
que haya sospechas de mí,
que á vos estén bien ni mal;
y si la sospecha es tal,
como pensamos las dos,
creed, señora, por Dios,
de mi altivez y desden,
que lo que á mí me esté bien,
no os estará mal á vos.
Flora. Su Alteza y el Potestad
llegan. *Salen el Conde y Ernesto.*
Ern. Si os he merecido
favor, á vuestro rendido
las plantas, señora, dad:
bien que de mi voluntad
estaréis reconocida,
que siente con alma y vida,
que sea mi veneracion
de este obsequio la ocasion,
el de vuestra despedida.
Conde. Yo, señor Ernesto, intento
mañana volver mi casa
á Perona, así porque
la prevencion acabada
tengo aquí de quantas cosas
prevenir el Rey me manda,
como porque á Amiens muy presto
en execucion la marcha
pondrá el Duque Mariscal
de Viron, á cuya causa,
estorbar la concurrencia
intento, por circunstancias
del mando y las Regalías,
que entre nosotros se guardan.
Muy agasajado voy
de vos; mas siento en el alma,
que hubiese dado ocasion
aquella tema pasada,
para escaparse Hernan Tello
de en medio de nuestras Armas;
accion, que será imposible
sin nuestra ofensa acordarla:
solo quiero preveniros,
que pues dentro de esta Plaza
presidio no recibis,
viva con mas vigilancia
vuestro recato; pues tengo
alguna luz de que traza
Hernan Tello, convocando
de todas estas comarcas
las Guarniciones, alguna
correría, pues no halla
mi conjetura, qué empresa
puede moverle á juntarlas,
si no es esta: y advertid,
que teneis muy mal guardadas
las espaldas con traidores.
Ern. Pues quién son?
Conde. Si yo alcanzara
á saber eso, ántes fuera
el furor que la amenaza:
dígolo, porque imposible
es que Cárlos se escapara
de la prision, sin que aquí
le alentasen.
Ern. Por si habla *ap.*
con la sospecha, de que
por estar capitulada
con él mi hija, yo pude
darle á su fuga las alas,
le responderé. Creed,
que el oro lima las Guardas,
y á intereses de Soldados
persuade con eficacia;
y que á no ser esto, en Cárlos
un escarmiento quedara,
aunque Renolt mejoró.
Conde. Yo me he de partir mañana;
mas permitid, que una cosa
diga, que quizas por clara

no os gustará.

Ern. Vuestra Alteza
disgustar no puede en nada
á quien nunca de su gusto
saldrá.

Conde. Si fuera Monarca,
vive Dios, que no tuviera
de mi Imperio en la distancia
vasallos con privilegios,
y que ántes los conquistara.

Ern. Ah, señor, y cómo creo,
que la altivez os engaña!

Conde. Yo habia de tener vasallos,
que al poder Real embarazan
la Magestad absoluta?

Ern. Los vasallos no le atajan
al Rey el poder, sino
la razon que tienen, para
que el poder se ajuste á ella;
y así, advertid que se llama
imperfeccion del poder,
poder hacer cosas malas;
y ha de obedecerse á sí
primero aquel, que á otros manda,
para que así con su exemplo
conseqüencia á todos haga.

Conde. Del político problema
dexemos aquí doblada
la hoja, que yo espero en Dios,
en la Corona de Francia,
ver á Amiens sin privilegios.

Ern. De lo futuro no alcanza
la Astrología, sino
unas vislumbres lejanas:
y así, la qüestion dexemos,
que pues ya la noche baxa,
seña, contraseña y nombre
repartiréis en las Guardias,
pues aun estais esta noche
dentro de Amiens: hija, á casa
vamos. *Vase.*

Mad. Serafina, á Dios. *Vase.*

Conde. Ay hermosura tirana! *ap.*
solo siento, que en la ausencia,
que mi amor emprender trata,
yo mismo de mis ofensas
doy á tu rigor venganza. *Vase.*

Seraf. Ay Español! que me tiene
tan neutral esta esperanza,
que sin pensar en creerla,
me consuelo con dudarla. *Vase.*

Salen al son de caxas y clarines Portocarrero armado, con su peto y espaldar, botas y espuelas, detras Francisco del Arco y otros Soldados de Villanos, como han pintado los versos, con unos sacos de nueces y manzanas, y Carrasco de Carretero, con su látigo, Cárlos y Ortiz vestidos de Soldado, y Soldados.

Port. Habeis ya entendido el órden?

Carras. Sin discreparle palabra.

Franc. Fia de nuestro denuedo,
que yo y estos camaradas,
con la industria prevenida,
apénas la puerta abran,
quando se la ganarémos.

Ortiz. Si á nuestro esfuerzo se encarga,
verá el Sol ántes que dore
las cumbres de las montañas,
ó nuestras vidas perdidas,
ó sus defensas ganadas.

Port. Pues ya estamos á la mira,
cese el rumor de las caxas,
y el ruido de los clarines,
que con dulces consonancias
son páxaros de metal,
que hacen á la Aurora salva;
y puesto que nos hallamos
á vista de las murallas,
quede la Caballería
oculta en la enmarañada
espesura, que á la vista
es padrastro de esmeralda,
que yo con ducientos hombres
(que Españoles estos bastan)
me emboscaré en esa Ermita,
que está á la puerta cercana;
porque en poniendo de frente
los hombres que solo alcanzan
á cubrir su vuelo, unas
filas á otras filas tapan,
y en línea recta bien puede,
aun despues que Apolo salga,
la Ermita ocultar á todos;
porque en estando ganada

la

la puerta, acuda con ellos
á mantenerla y guardarla.
Carras. Yo vengo tan disfrazado,
que al verme con esta traza
no dirán, sino que soy
Carretero de la Mancha:
ya en esa emboscada tengo
el carro lleno de paja:
qué habemos de hacer con él?
Port. Tú á tiempo que rompa el Alba
tantas azules cortinas
á transportines de nácar,
al ir á entrar por la puerta
los caballos desenlaza
del tiro, con aquel muelle,
que artificioso los ata;
y fingiendo entónces, que ellos
desbocados se disparan,
has de procurar, que quede
parado el carro en la entrada
de la puerta; de tal modo,
que quando el rastrillo caiga,
quede suspenso en lo fuerte
de las ruedas y las tablas:
que no habiendo allí caballos
que tiren de él, cosa es clara,
que no es fácil apartarle;
y mas si entónces las armas
juegan Francisco y los suyos;
pues acudiendo mi saña
con la poca Infantería,
que allí se queda abocada
en la Ermita, entrar podrémos,
sin que inconveniente haya,
por debaxo de las ruedas.
Y si la puerta se gana,
en quanto yo la defiendo,
tú, Francisco, con tu Esquadra
has de subir al Torreon,
que corona la muralla,
y levantar el rastrillo;
porque pueda entrar formada
la Caballería, que
detras de este bosque aguarda,
y de allí la Artillería
volveréis contra la Plaza;
porque si esta no se toma,
segura la retirada
tengamos allí al abrigo
de sus bombas y sus balas.
Estos seiscientos Caballos,
desde el bosque en grupa traigan
otros seiscientos Infantes,
que en dos cuerpos se repartan,
echando pie á tierra, en tanto
que estos con erfuerzo hagan
tiempo, hasta que llegue el grueso,
que tiene por retaguardia.
Pues cogiéndolos dormidos,
y entrando por calles varias
gruesos cuerpos de mi gente,
aclamando viva España,
el susto y la turbacion
tengo por cosa asentada,
que ni les dará lugar
á defensa ni á ventaja,
ni á ver los pocos que somos
para una empresa tan alta.
Pero por vida del Rey,
que si alguno se desmanda
á pillage ó saco, en tanto,
que no esté ya asegurada
la Plaza, y cruzado el viento
con las Católicas Aspas,
le he de quitar yo la vida;
porque otro alivio no hallan
empresas como estas, quando
por acaso ó por desgracia
no pueden ser conseguidas,
que haber sido bien pensadas.
Y Dios nos dé esta victoria,
que en empresas temerarias,
el modo de conseguirlas,
es el no considerarlas.
Franc. Si hará, confianza en Dios,
supuesto que te acompañan
mas de seiscientos Caballos
entre Bridas y Corazas,
y dos mil Infantes. *Ortiz.* Y es,
como quiera la distancia
á veinte mil hombres, que
dentro pueden tomar armas?
Franc. Qué importa, si son Burgeses?
Carras. No andemos en pataratas,
los muchos siempre son muchos,
aunque sean unos mandrias;
pe-

pero usted qué lleva?
Franc. Nueces,
que les han de salir caras.
Carras. El Capitan de las nueces
me parece que te llaman
ya en Flándes, y que por eso
dirá en adagios la fama:
que el ruido es mas que las nueces.
Port. Amigos, ya el dia raya;
á su puesto cada uno,
que de mirar tan cercana
la dicha ó desdicha, todo
el pecho se sobresalta.
Carl. Con mi espada y mi persona
te sirvo contra mi Patria,
y si he callado, es porque
en ocasion tan bizarra,
donde están prontas las obras,
ociosas son las palabras.
Port. Amigos, nuestro es el dia.
Franc. A executar lo que mandas
voy: ea, amigos, valor.
Todos. Verás tu empresa lograda,
ó hemos de morir contigo.
Carl. Hoy se logró mi venganza.
Carras. Hoy el carro me ha cogido,
si sale la industria mala.
Port. Hoy es el dia en que ciño
de laurel mis esperanzas. *Vanse.*
Sale un Sargento Frances, Ricarte y Soldados Franceses, y van poniendo en el cuerpo de guardia alabardas y mosquetes, y toca un clarin.
Sarg. Puesto que á romper el nombre
hace seña la Alboreada,
venga, que al abrir la puerta
he de entregarle la guardia.
Ric. Mala vida es ser Soldado,
yo mejor sirviendo estaba
á Cárlos.
Sarg. Qué es lo que dice?
Ric. Que no le replico nada,
seo Sargento, que á ser posta,
vengo yo como una bala.
Sarg. En el cuerpo de guardia ahora
vaya poniendo las armas:
ha centinela del muro?
ha del muro?
Sale un Soldado en lo alto.
Sold. Quién me llama?
Sarg. Ved si para abrir la puerta
segura está la Campaña.
Sold. Solo en ella se divisan
unos Villanos, que aguardan
para entrar con bastimento.
Ric. Yo cobraré mi pitanza. (*Vase.*
Sarg. Pues yo voy á abrir las puertas.
Ric. El señor Sargento vaya,
que yo hago aquí centinela.
Descúbrese la puerta, y salen el Sargento, Francisco y su gente.
Sarg. Buenos dias, gente honrada.
Franc. Su merced los tenga buenos.
Ortiz. Y Dios le dé buena Pasqua.
Todos. Loado sea Dios.
Sarg. Qué traen
aquí? *Franc.* Nueces y manzanas
á vender.
Sarg. Serán muy buenas?
Franc. Si, como no salgan vanas.
Ortiz. Tome su merced con tiento,
que con su trabajo gana
de comer un pobre hombre,
dando gritos por las plazas.
Ric. Podrida es esta.
Franc. Carrasco
mucho con el carro tarda.
Sarg. Buena fortuna han tenido
en entrar su hacienda salva
hasta aquí, porque Españoles
dicen que en la tierra andan.
Franc. Ay, señor, si nos cogieran!
Ortiz. Qué gente tan desalmada!
Dent. Carras. Só, caballos del demonio.
Sarg Qué es esto?
Ric. Un carro de paja,
que entra por la puerta.
Carras. O, todos
los demonios os llevaran!
Só, caballos de un ladron.
Ric. Si son vuestros, camarada.
Franc. Bueno va, pues debaxo
del rastrillo el carro pára.
Sarg. Hombre, anda con ese carro,
que la puerta embarazada
tienes.

Carras.

Carras. Cómo quiere usted
que ande, si se me disparan
con mas de seis mil demonios
los caballos ó las hacas?
Sarg. Ande, y sea como fuere.
Carras. Seo Sargento, brava, brava,
sin caballos ha de andar?
Sarg. Ande, ó vive Dios, que haga
con esta alabarda puerta
todo su pecho.
Carras. Fanfarria.
Sarg. De dónde eres, ó quién eres?
Carras. Pues, hombre, acaso te casas
conmigo, que eso preguntas?
Sarg. Vive Dios, si no mirara::-
Carras. Vés aquí, que ya no miras.

Dispara Carrasco una pistola, cae el Sargento, y los Españoles echan mano á las armas del carro y del cuerpo de guardia, y cae el rastrillo, y quédase sobre el carro.

Sarg. Muerto soy.
Franc. Ea, camaradas,
á ellos.
Unos. Traicion, traicion.
Otros. Al rastrillo, á la muralla.
Franc. Ya cayó el rastrillo, pero
detenido con las tablas
del carro, á los Españoles
entrada dexan.
Todos. Arma, arma. *Caxas.*

Salen por debaxo del carro Portocarrero y los suyos.

Port. Pues ya se empezó el ataque,
y la puerta está ganada,
á defenderla, Españoles:
ese rastrillo levanta,
Francisco, entrarán por ella
los Caballos que se avanzan.
Sold. Ya se levantó el rastrillo.
Port. La accion mas desesperada
es defender esta puerta.
Sold. Ya entran todos.
Todos. Arma, arma. *Caxas.*

Entranse acuchillando, y salen el Conde y Ernesto.

Conde. Qué es esto, Ernesto?
Ern. Señor,
que la Ciudad ocupada
de Españoles está.
Conde. Como?
yo sabré recuperarla,
muriendo.
Ern. Ya es imposible,
pues de las calles y plazas
son dueños; mejor será
que vuestra Alteza se vaya.
Conde. Cómo es posible que yo,
dexando dentro á Madama,
me ausente?
Ern. Como es mejor
salir, para rescatarla
vos, que el quedar los dos presos.
Conde. Si eso aconsejan las canas,
no el valor; y vive Dios,
pues el caso os desengaña,
de que vuestros fueros son
de vuestra pérdida causa;
pues si Soldados hubiera,
nunca la empresa lograran:
que yo me retiraré,
mas será mi retirada,
saliendo con los que pueda
del Batallon de mis Guardias,
espada en mano, y á ellos,
que en fin lidiando se salva,
aunque sin provecho lidie,
el provecho y la desgracia;
y si á Madama me dexo,
es por volver á cobrarla
juntamente con Amiens,
con todo el poder de Francia. *Vase.*

Salen por un lado los Españoles, y por otro las Damas.

Nise. Pidámosle buen quartel.
Todos. Vuestra clemencia nos valga.
Port. Nadie ofenderos procura,
que nunca contra las Damas
los Españoles aceros
cortan.

Sale Francisco del Arco.

Franc. Ya toda está llana
la Ciudad á tu obediencia;
pues que de ella el Conde falta,
que espada en mano rompiendo
quantos Batallones halla,

salió de la Plaza. *Sale Cárlos.*
Carl. Donde
se malogró mi venganza,
no pudiéndole alcanzar.
Port. Antes de pasar á nada,
lo primero es , que una escolta
sirviendo vaya á Madama
hasta dexarla en Perona,
que no quiero disgustarla,
en que esté del señor Conde
solo un instante apartada.
Mad. Aunque estimo , como es justo,
hidalguía tan bizarra,
no me he de partir tan presto,
que no dexe executadas
vuestras bodas , siendo yo
Madrina ; y pues ignorancia
fuera , viendo esta fineza,
extrañar por quien se haga,
yo haré con Ernesto , que
tenga por bien empleada
la mano de Serafina
en vos.
Carl. Cielos , ya sin alma
vivo. *ap.*
Port. Yo solo procuro,
pues que vos sabeis mis ansias,
y mi palabra he cumplido,
que me cumpla su palabra.
Seraf. Sí haré , si mi padre gusta.
Ern. Y yo estoy á vuestras plantas
en albricias.
Port. Cárlos , vuelve
á Dorlan , de aquí te aparta,
que no quiero que conmigo
lo que con el Conde hagas,
ni que tu retrato busques,
pues en mi poder se halla.
Carl. Armas dí contra mí mismo.
Todos. Y aquí tiene fin la hazaña,
que hizo el famoso Hernan Tello
por su Rey y por su Dama.

F I N.

Con Licencia : En Valencia , en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga , Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi , en donde se hallará esta , y otras de diferentes Títulos. Año 1770.